

THE SAVRS

BOLETÍN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

TOMO XLV Septiembre-Diciembre de 1990 NÚMERO 3

PANEGÍRICO Y LIBELO DEL PRIMER CRONISTA DE INDIAS GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Fernández de Oviedo (1478-1557) debe su celebridad a la composición del *Sumario de la natural historia de las Indias* (Toledo, 1526)¹ y a su monumental trabajo *Historia general y natural de las Indias* (Sevilla, 1535)². Es el primer cronista oficial de las Indias y el primer historiador español del siglo XVI que realizó un proyecto global de la historia de la conquista de las nuevas tierras y su descripción geográfica, física, botánica, zoológica y etnográfica³. Sus límites temporales van desde

¹ Es la obra más popular del autor. En el mismo siglo XVI se tradujo al italiano, francés e inglés y existen innumerables reediciones en español desde el siglo XVIII (ver D. TURNER, *An Annotated Bibliography*, 2-5).

² Se editaron sólo veinte libros de los cincuenta que, en total, constituyen la obra. Esta primera entrega tuvo una reedición en vida de Oviedo en Salamanca en 1547. Excepto por la edición aislada del libro XX (sobre el viaje de Magallanes) hecha en Valladolid en 1557 — el año de la muerte del cronista — la obra no volverá a editarse hasta que entre 1851 y 1855 Amador de los Ríos, con el auspicio de la Real Academia de la Historia, publica por primera vez la obra completa. Desde entonces ha habido dos reediciones más: la de Juan Pérez de Tudela (Madrid, 1959) para la Biblioteca de Autores Españoles (vols. 117-121) y la de J. Natalicio González (Asunción, Paraguay, Editorial Guaranía, 1945).

³ Sobre la contribución de Oviedo en estas disciplinas véanse los fundamentales trabajos de Antonello Gerbi y E. Álvarez López (ver bibliografía).

el descubrimiento de América en 1492 hasta mediados del siglo xvi con la sofocación de la rebelión de los Pizarro en el Perú. Sus límites geográficos incluyen las tierras abarcadas desde la isla de Groenlandia hasta el Estrecho de Magallanes, y desde las islas del Caribe hasta las Filipinas.

Sin negar las iniciales contribuciones historico-naturalistas de Pedro Mártir de Anglería con sus *Décadas del Nuevo Mundo* (Alcalá, 1516) y Martín Fernández de Enciso con su *Suma de geographia* (Sevilla, 1519), las dos obras de Oviedo antes mencionadas constituyeron el conocimiento más autorizado, amplio y divulgado de la Europa de mediados del siglo xvi sobre el Nuevo Mundo. De la información proveída en estas obras se nutrieron en vida de Oviedo personajes tan disímiles como fray Toribio de Motolinía, fray Bartolomé de Las Casas, los italianos Pietro Bembo y Giovanni Battista Ramusio, entre otros.

La solidez y amplitud de su aproximación histórica y naturalista lo convierten en el primer historiador español y europeo en descubrir y elaborar las posibilidades del tema del Nuevo Mundo en el esfuerzo de la vieja Europa por aprehender su significado e importancia. En este sentido, Oviedo establece las pautas iniciales para hacer de América "motivo de una nueva consideración filosófica", según lo expresa Edmundo O'Gorman⁴.

La importancia de este autor en su época y los siglos subsiguientes hasta hoy puede medirse con las muchas y variadas reacciones de sus críticos y entusiastas ante su vida y su obra. No vamos a discutir hoy la importancia de ésta — lo cual requeriría otra ocasión y más espacio — sino la amplia gama de pareceres suscitados por su personalidad. El recuento general que sigue de las frecuentemente opuestas versiones de la semblanza de Oviedo pretende llamar la atención sobre la necesidad de un reexamen de algunos estudios histórico-biográficos

⁴ "¿Cuál es el nuevo significado con que se revela América? — se pregunta O'Gorman en *Sucesos y diálogos de la Nueva España* —. ¿Cómo es ella capaz de una nueva consideración filosófica? En definitiva, ¿en qué consiste esta nueva novedad que la dignifica? Simple y sencillamente ésta: la naturaleza de América. Tal es el tema que descubre Oviedo y que tanto lo enamora" (xvii).

que han ido formándose no con la síntesis crítica y rigurosa de cada versión a través del tiempo, sino con la acumulación ingenua, tendenciosa o descuidada de vetustas interpretaciones que adquirieron la categoría de indiscutibles.

Examinaremos en lo sucesivo las opiniones más célebres sobre este primer cronista oficial de Indias que han contribuido a la formación de las dos tendencias de su reputación, la panegirista y la libelista, desde la época de la conquista hasta hoy.

La primera semblanza, elogiosa e impecable, heroica y caballeresca nos la da el mismo Oviedo en sus obras literarias, históricas y memorialistas. La primera versión enfurecida de un Oviedo-monstruo, destructor de indígenas e historiador estólido nos la da en sus obras históricas fray Bartolomé de Las Casas quien es el artífice de la más perdurable y terrible fama de Oviedo⁵.

Ambas versiones pecan de selectivas y tendenciosas. Ambas están diseñadas para presentar la imagen de Oviedo necesaria en la discusión particular que cada escritor adelanta. El cronista oficial para presentarse como un individuo probo, ejemplar y fidelísimo ante la corte española, y como un historiador confiable ante sus lectores; el fraile dominico para denunciar a un Oviedo "enemigo" de los indios y convertirlo en símbolo de la opresión y la injusticia en su debate en defensa de los aborígenes americanos. El *panegírico* y el *libelo* de estos dos cronistas establecieron los dos polos opuestos de la semblanza de Oviedo en el siglo xvi.

Como es de suponer, las diferencias de opinión sobre la figura del cronista Oviedo de estos dos autores responden a sus opuestas concepciones de la labor de los españoles en las nuevas tierras. Para Oviedo se trata de la expansión inminente y nece-

⁵ Josefina Zoraida Vázquez notaba ya en 1957 este efecto de la caracterización de Las Casas, aunque en relación solamente con su opinión sobre los indios. "El estudio de la concepción ovediana del indio resulta de mayor interés también, por el hecho de que numerosas veces se le ha achacado parcialidad a sus apreciaciones, sin analizar verdaderamente éstas, sino exclusivamente partiendo de los juicios que lanzó el padre Las Casas" ("El indio americano...", 484).

saría del imperio universal de Carlos V — del cual se convierte en epígono — y para Las Casas se trata de la salvación de los indígenas acabando con el avance de una agresión indiscriminada y destructora y propugnando una cruzada pacífica y evangelizadora.

En la presentación de la figura del cronista, cada autor pretende hacer una objetiva y desinteresada interpretación que entregue la verdad a los lectores, pero el resultado no deja de ser una interpretación al servicio de sus respectivos intereses políticos. Tanto el personaje probo y fiel de Oviedo como el estólido y genocida de Las Casas hacen parte de los esfuerzos de cada uno para la explicación aleccionadora de una historia que se sirve de narraciones sugestivas y tendenciosas y que adoptan una violenta y declarada posición partidista⁶.

Los siglos XIX y XX nos han entregado también, curiosamente, dos tendencias extremistas de la figura de Oviedo que hacen eco de aquellas exaltaciones de ánimo y pluma de estos cronistas de Indias. La versión incondicionalmente panegirista la hizo José Amador de los Ríos en el siglo XIX en el prólogo a la primera edición, a su cargo, de la *Historia general y natural de las Indias*⁷. La versión poco simpatizante y bastante prejuiciada la hizo en 1957 José de la Peña y Cámara en su artículo conmemorativo de los cuatrocientos años de la muerte de Oviedo publicado en la *Revista de Indias*.

⁶ Hayden White, quien indica que la escritura de la historia "is never innocent, ideological or otherwise, whether launched from the political perspective of the Left, Right, or Center" (137), explica los frecuentes intereses políticos en la interpretación histórica de una manera que recuerda este juego de opiniones de ambos cronistas en la elobaración de la semblanza de Oviedo: "Historians also often claim to explain their objects of study by providing a proper understanding of them. The means by which this understanding is provided is 'interpretation'. 'Narration' is both the way in which a historical interpretation is achieved and the mode of discourse in which a successful understanding of matters historical is represented" (116). La narración y la interpretación de los hechos que modelan esta figura histórica es lo que presentaremos en lo sucesivo.

⁷ Este prólogo, titulado "Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés" (ix-cvii), ha sido objeto de aceptaciones incondicionales de un sector de la crítica y de su completo rechazo de otro. Henry Harrise, por ejemplo, lo considera "an extremely valuable introduction" (257); Vicente de la Fuente en su "Advertencia preliminar" a su edición parcial de las *Quinquagenas* lo considera "excelente cuanto minucioso y exacto prólogo" (v); Otero D'Costa lo califica de

En la semblanza de Ríos son problemáticos el método y la predisposición para presentar a un Oviedo campeón de la justicia y el cumplimiento del deber, aunque es el primer intento serio y riguroso de una biografía del cronista. En la versión de Peña y Cámara, de otra parte, es problemático el propósito: la furiosa desmantelación del panegírico hecho por Ríos. Oviedo, Las Casas, Ríos y Peña son cuatro escritores que entre el siglo de la conquista y el nuestro han establecido los extremos de la semblanza y la reputación del primer cronista oficial de las Indias. Tal posición extremada hace que sus semblanzas de Oviedo no satisfagan hoy las exigencias de la crítica.

Son muchos más los autores que se han dedicado a este historiador riguroso u ocasionalmente, plegándose a una u otra tendencia, o contribuyendo a la clarificación de la figura de Oviedo. Desafortunadamente estos últimos casos son pocos y son muchos aquéllos en que se repiten los excesos de exaltación o denigración de Oviedo y Las Casas.

"magistral" (33); Natalicio González lo adopta íntegramente en su "Prólogo" a la primera edición americana de la *Historia* de Oviedo, difiriendo sólo en "el repudio al principio de la conquista" (13).

Otros lo consideran un tanto pernicioso. Peña y Cámara, por ejemplo, quien no encuentra buena la edición que hizo Ríos de la *Historia*, considera la biografía como "mala" (606), y como un estorbo "interponiéndose entre la propia autobiografía ovidesa, y los autores que han tenido que informarse e informar sobre Oviedo" (611); Uría Rúa considera que en él Ríos omitió, por ignorancia, muchos datos biográficos (13); Francisco Esteve Barba se queja de que aparezca allí "un Oviedo intachable" (59-60); Daymond Turner, haciendo eco de Peña y Cámara, lo califica de "noveleta rosa" ("The Aborted...", 106); Manuel Ballesteros, quien lo considera importante, advierte que responde a un sistema "que no puede satisfacer hoy" (*Gonzalo Fernández de Oviedo*, 12-13).

Amador de los Ríos queda atrapado en el entusiasmo, el patriotismo y caballería de Oviedo y elabora una versión de su vida con los mismos criterios de selección informativa ovetenses. Así, pecando de excesiva credulidad, adopta la misma intención panegirista del cronista. La versión de Ríos peca, entonces, por la desproporcionada evaluación de los hechos de su biografía y la omisión de detalles secundarios — sea por seguir al pie de la letra a Oviedo o por las limitaciones de la investigación histórica en su época —, pero nunca por una total falsedad de los datos que presenta (excepción hecha del lugar de la muerte del cronista). Como dice Ballesteros "no conviene quitarle [a Ríos] por completo el mérito de la perspicacia crítica" (*Gonzalo Fernández...*, 143). El trabajo de Ríos es, sin embargo, una de las más serias y documentadas aproximaciones al estudio de la vida y obra de Oviedo. Cualquier estudio serio de este cronista debe incluirlo. Sus limitaciones son, de cierta forma, comprensibles. Al fin y al cabo, se trata de un trabajo de hace más de un siglo.

OVIEDO VISTO POR SÍ MISMO

La nobleza de su origen y su fidelidad como vasallo de la corona fueron dos aspectos centrales en la formación que hace Oviedo de su propio panegírico. Sin embargo, dado que Oviedo era descendiente de nobles sólo indirectamente, su concepto de nobleza sobrepasa los límites del linaje⁸. La mayor exposición de tal idea la hace Oviedo en las *Quinquagenas*⁹:

Muchos hombres se jactan de la nobleza, lo qual es gran vanidad, porque no es sino suerte o acaesçimiento ser hijo deste e no del otro. Loca opinión del vulgo que tiene aquél por más noble que es hijo de más rico padre, como si esta nobleza no se adquiriese con robos. La verdadera nobleza y entera de la virtud nasce. Locura es que siendo tú malo te glories de aver tenido buenos padres, acaendo con tu mal biuir la hermosura de tu linaje. Paresçeme a mí, para que ninguno crea que más noble quel otro (si no fuere más virtuoso), sepa que todos estamos compuestos de vnos mesmos elementos, e que vn Dios es padre de todos (AVALLE-ARCE, *Las memorias...*, 22).

Para Oviedo la virtud procedente de las acciones es la base de los merecimientos a que un hombre debe aspirar. Toda su vida puede definirse como una lucha constante por la conformación de su propia virtud a través de acciones enriquecedoras para sí y para su nación española¹⁰. Este esfuerzo ha sido inter-

⁸ Miralles de Imperial y Gómez, en su artículo dedicado al linaje y armas de Oviedo cita de la *Copia del libro de linajes que escribió el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés...*, las referencias a las calidades nobiliarias de su madre, Juana de Oviedo. El cronista presenta la descripción del escudo de armas de esta familia y luego concluye: "Todo lo que es dicho pertenece a mis primos por su padre Joan de Oviedo, e a mi madre Joana de Oviedo" (80). Como vemos, el escudo de armas viene siendo primeramente de los hijos del hermano de su madre, Juan de Oviedo, y secundariamente de la madre del cronista. Y según Uría Riu "Otro linaje asturiano con quien también dice que se hallaba emparentado, era el de Solís, por cierto por la misma línea materna, que, como vemos, es el que exhibe para demostrar sus antecedentes nobiliarios" (22). Estos detalles son suficientes para crear esas ínfulas nobiliarias demostradas en la descripción del escudo de armas de su familia en el *Libro de linajes*. Sin embargo, Oviedo es suficientemente cauto para no exagerar el valor de ese lejano parentesco noble en las reclamaciones de su especial alcurnia.

⁹ Recurrimos a dos ediciones parciales de esta obra: a la selección de las tres "quinquagenas" hecha por J. B. Avalle-Arce (*Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*) y a los apartes editados por Julián Paz.

¹⁰ En palabras de Pérez de Tudela la noción jerárquica y clasificadora que Oviedo hace de la sociedad "no se funda en criterios de herencia" (397); por el

pretado por algunos críticos como una demostración de su carácter de converso¹¹. Las pretensiones nobiliarias de Oviedo están basadas, más bien, en la conjunción de dos condiciones: la estimable alcurnia de su origen (aunque en su caso, indirecta) y la alta significación de sus hazañas. Ambas condiciones serán exageradas por él, como veremos, pero nunca falseadas palmariamente.

En las *Quinquagenas*, por ejemplo, después de manifestarnos que nace en un lugar excepcional, “la muy noble y muy leal villa de Madrid donde yo nací” (Paz, 276), y que sus “padres y predecesores [son] del Principado de Asturias de Oviedo” (276)¹², Gonzalo se apresura a indicar el origen hidalgo y noble de éstos aunque sin especificar a quién de ellos corresponde la nobleza y a quién la hidalguía: “Yo nací de padres y progenitores... notorios hijosdalgos y de *nobles solares*” (277, énfasis mío)¹³.

contrario “son, a un tiempo, la casta o sangre generosa y la propia virtud las que elevan la persona a la categoría nobiliaria” (“Rasgos del semblante espiritual...”, 398).

¹¹ Américo Castro, por ejemplo, dice en *La realidad histórica de España*: “El interés de Fernández de Oviedo en subrayar el ‘casticismo’ de los españoles es nuevo indicio de ser él cristiano nuevo” (67, nota 5). Avalor-Arce en el prólogo a su edición del *Sumario* y quien ve a Oviedo como “un posible converso, sanudamente decidido a borrar su estigma de tal” (6), reduce su gran actividad de años al escamoteo de ese carácter de judaizante: “Las tasaciones de valores vitales deben atender más al empecinado *hacerse* que fue su vida, que a su ser original... la vida de Gonzalo Fernández de Oviedo, tal cual ha quedado visualizada en sus escritos, es un triunfo de la voluntad de *ser algo*, con ponderada elección de posibilidades vitales” (6-7). José de la Peña y Cámara quiso demostrar esta calidad de Oviedo también, aunque con otros argumentos, como veremos. Oviedo —según demostró ya Uría Riu— no era converso, lo cual destruye las disertaciones de Peña, Castro, Avalor-Arce en 1963, y otros.

¹² Región que, como todos sabemos, era asociada a la limpieza de sangre y que se convirtió hasta en lugar común en la literatura de la época. Uría Riu, citando a M. Sangrador y Vitores, indica que “el número de familias nobles de Asturias excedió casi en todas las épocas a las demás provincias de España. En el censo que se hizo en el tiempo de Felipe II al finalizar el siglo xvi... se calculó en más de cuarenta y cinco mil el número de hidalgos” (18, nota núm. 12). Y el mismo Peña y Cámara, a pesar de que quiere ver a un Oviedo converso, se ve obligado a reconocer que “algún efecto haría, como garantía de limpieza [en la época de Oviedo], la oriundez asturiana y cuasi vasca que Gonzalo gustaba pregonar” (634, nota núm. 57).

¹³ La vaguedad de esta declaración de Oviedo contrasta con la asociación, tal vez inconsciente, que hace entre algunas familias nobles asturianas y la suya al usar las mismas expresiones para referirse a ambas. Hablando del linaje de

Este origen noble e hidalgo trata Oviedo de asociarlo siempre a su relación con el príncipe don Juan, hijo malogrado de los Reyes Católicos, y de quien fue sirviente. En el *Libro de la cámara* nos dice:

Gonçalo Fernandez de Ouiedo y Valdes, natural de Madrid, y por sus padres y abuelos natural del principado de Asturias de Ouiedo, del concejo de Vascones, auctor deste breue rreportorio [sic], que tambien [sic] tuue las llaues dela [sic] camara cierto tiempo (44).

Y en las *Quinquagenas* pone énfasis en su cercanía a esta figura regia indicando que él y el príncipe compartían los textos de estudio: "... vi y lei en la camara del Principe una general historia de España..." (AVALLE-ARCE, *Las memorias*, 414). La acuciente insistencia en estos detalles es parte de la estrategia de Oviedo para la exaltación de su propia figura.

El segundo tópico para su panegírico es, como indicábamos, el de servidor fidelísimo de la corona. En las mismas *Quinquagenas* se presenta como un vasallo fidedigno del emperador en Santo Domingo: "donde soy alcaide de la misma fortaleza y Regidor... por la Cesárea y Sacra Magestad del Emperador Rey D. Carlos y la Reina Doña Juana, su madre, nuestros señores" (Paz, 276). Nos recuerda también que su lealtad tiene una tradición en el servicio de varios monarcas: "... a las cuales [Indias] vine en tiempo de la gobernación de España del serenísimo y Católico Rey D. Fernando" (Paz, 276)¹⁴.

"los Solís de Ludeña" dice: "cada uno de ellos y [sic] eran de los más antiguos del hábito y tuvieron cargo de los regimientos... Estos son por sus predecesores del Principado de Asturias, de Oviedo, de casas *nobles y solariegas*" (303, subrayado mío). Recuérdese el uso de la misma expresión al referirse a sus padres en la cita de arriba, con la cual indirectamente equipara a los nobles Solís de Ludeña, de nobleza confirmada, con los Oviedo, de nobleza tenue.

La afirmación de Oviedo de la calidad de hidalgo de su padre había sido puesta en cuestión por Peña y Cámara pero con base en la tesis de su carácter judaizante. Despejada esta presunción por Uría Riu, no quedan mayores razones para dudar de tal calidad hidalga. Dice Uría: "[no] tenemos por qué rechazar la calificación de hijosdalgo que el propio Gonzalo asigna a sus antepasados — al parecer por la línea paterna y materna —, siendo muy posible que Miguel de Sobrepeña [su padre] lo fuese, como lo sería la mayor parte de los vecinos del concejo de Grado [lugar de origen de sus progenitores]" (17).

¹⁴ Incluso lo hace en el "Prólogo" a su libro de caballerías *Don Claribalte*: "estando yo en la India y postrera parte accidental [sic] q al presente se sabe dode

En un memorial contra su archienemigo, Pedrarias¹⁵, Oviedo subraya esta lealtad al presentar su labor de denuncia de irregularidades en Indias como una obligación con su rey (en este caso Carlos V): "Por este inconbiniente [sic] ha dias que su magestad no las [irregularidades] sabe ni agora se supieran sino fuera yo el que las dixere porque me parece que es inhumanidad callarlas a mi Rey pues tengo jurado su servicio" (215). Reservándose el papel de misionero y juez, Oviedo dignifica también su trabajo de historiador, como lo declara en las *Quinquagenas*: "La *General historia* destas nuestras Indias que por mandado del Cesar escriuo, en que se ofrescen cosas que no se pueden ni se deben callar ni disimular, ni deben algunas quedar sin castigo" (*Las memorias...*, 376).

Y aun en su ancianidad, cuando pudiera haber disfrutado de su tranquilidad de cronista y alcaide, aceptó en 1549 el cargo de "regidor de la ciudad de Santo Domingo", el cual tomó demasiado en serio. Con su siempre alto sentido de la justicia, emprendió la frustrante tarea de luchar contra los defectos de las colonias americanas. Enrique Otte lo ilustra en los siguientes términos: "Cual Quijote, nuestro protagonista arremete, con vigor ramplón y contraproducente, contra los supuestos culpables de la decadencia colonial" ("Una carta inédita...", 438)¹⁶.

De otra parte es en la *Historia general y natural de las*

fui por veedor de las fundiciones de oro por madado y oficial del catholico rey don Fernando el quinto d' gloriosa memoria" (II).

¹⁵ "Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando los abusos de Pedrarias Dávila y sus oficiales en la gobernación de Castilla del Oro", reproducido por Ángel Altolaguirre en su *Vasco Núñez de Balboa* (209-217).

¹⁶ Así lo demuestra en una de sus cartas a Felipe II, llena de quejas y denuncias, contra la oligarquía de la isla Española y otras instituciones: "Diego Cavallero de la Rosa [miembro de una familia poderosa de la época de Oviedo], escrivano del avdiencia real que aquí reside... estava tan enseñoreado de la avdiencia e del regimiento e çibdad, que ninguna cosa se hazía más de lo que él quería, pues ninguno era parte para yrle a la mano con sus formas e cautelas..." (440). "Aquí ay cantidad descrivanos e procuradores e letrados, gente que ocupa e no sirve sino de letigios, e no se guarda aranzel, e roban publicamente, e se ortorgan muchas escrituras en blanco... e la república e partes resçiben mucho daño, e dezirlo a los justiaça aprovecha poco..." (Otte, "Una carta inédita...", 441). Esta actitud rígida y quijotesca de Oviedo le valió no sólo el rechazo y desaire de los poderosos de la isla sino también el desacato del Consejo de Indias, que nunca contestaba sus largas cartas.

*Indias*¹⁷ en donde Oviedo presenta los datos más interesantes que han contribuido a la formación más divulgada de su imagen positiva¹⁸. Y en ella, la parte que mejor demuestra la calidad de esta semblanza es quizás la dedicada al Darién y a Pedrarias Dávila¹⁹. Este libro no solamente habla de su primera experiencia en las Indias sino de su primera experiencia como funcionario real con una misión y unas obligaciones que, aunque constreñidas en el espacio de la autoridad oficial, le ofrecían la real posibilidad de contribuir a la edificación de instituciones hispanas en las nuevas tierras²⁰.

A pesar de los grandes esfuerzos de Oviedo por la presentación objetiva de los hechos en su *Historia general*, el retrato

¹⁷ Utilizamos la edición de Juan Pérez de Tudela Bueso. Las citas subsiguientes de esta obra corresponden a esta edición.

¹⁸ La proclividad de Oviedo a la vanagloria está presente a lo largo de toda la *Historia*. Daremos algunos ejemplos. Falsa modestia: "...porque aunque estos [libros] que aquí yo escribo no son de mucha industria o artificio ni de calidad que requieran prolija oración e ornamento de palabras, no han sido poco laboriosos" (Proemio, libro I, 1: 10); declaración de la importancia de su libro: "pero, a lo menos, [es] muy aplacible lección oír y entender tantos secretos de Natura" (10); jactancia: "pues ofrescido yo a estos trabajos y reprehensiones [de la vida en Indias], no dejaré de escribir sin ninguna jactancia ni temor de mi obra lo que he visto y entendido destas maravillosas historias tan nuevas y tan dignas de ser oídas" (Proemio, lib. VIII, 1: 182); presunción de mejor cosmógrafo: "Pero cuanto al ejercicio marinesco, muchas noches les llevo de ventaja [a los cosmógrafos anteriores a él], para que se crea que navegaría más seguramente, faltándome sus letras, que no ellos faltándoles la ciencia de las cosas de la mar" (Cap. V, lib. XX, 2: 318); presunción de empresario en Indias: "Hice en especial una cosa muy útil e provechosa a la ciudad e a mí, e a todos en general, que fue aquésta. Provéi una carabela mía de gente y vituallas, e bien armada de paz e de guerra..." [pasa al relato de sus tratos con los indios cambiando hachas de mala calidad por oro] (XV, lib. XXI, 2: 266); auto comparación con Homero aunque admitiendo las diferencias de calidad: "basta para mi consuelo e a la satisfacción de quien lee, que la auctoridad que acullá [la relación de los hechos de Troya] se da a Homero, era supliendo él la materia, e que aquí [relación de los hechos de Indias] supla la materia al defecto de mi pluma e ingenio..." (Proemio, lib. XXXI, 3: 362). Aquí Oviedo cree que aventaja al poeta griego dada su experiencia vivida de los hechos de Indias que relata. Los ejemplos son infinitos.

¹⁹ Se trata de libro XXIX "el cual tracta de la provincia y gobernación del Castilla del Oro, que comúnmente se suele llamar Tierra Firme" (3: 204-356).

²⁰ En varias oportunidades Oviedo quiere construir sistemas de gobierno más justos que los implantados por los otros conquistadores en la Indias. Al solicitar del Consejo de Indias permiso para la conquista de Santa Marta en 1519, Oviedo quiere que se incluyan recursos humanos especiales para una sociedad de personas excelsas: "...suplicó que se le concediesen cient hábitos de Sanctiago para cient

que nos deja de sí mismo no deja de ser parcializado. En sus propias páginas Oviedo aparece como un historiador veraz, presa de su misión, que lamenta tener que relatar tristezas, hacer denuncias y atacar malhechores²¹; un eficiente y suspicaz burócrata que actúa con diplomacia²²; un amigo querido del Rey Católico²³; un hombre bondadoso, buen amigo y respe-

hombres hijosdalgo en quienes concurriensen la limpieza del linaje e las otras calidades con que se suelen admitir este hábito militar..." (*Historia*, lib. XXVI, 1: 62). Tal petición no se le concedió, aunque sí la gobernación que nunca realizó el cronista.

Luego, cuando Pedrarias lo nombró gobernante [teniente] de la ciudad de Santa María la Antigua del Darién, Oviedo implanta un rígido mandato que observaba no sólo reglas civiles sino también morales. Prohibía que se pesara carne los sábados, perseguía al escribano fraudulento, evitaba que se usara a las indias como bestias de carga, todo lo cual no se compara con el propósito purista de castigar a los blasfemos, evitar el amancebamiento entre españoles e indias y prohibir juegos de mesa como el naípe. Véase "Vida y escritos...", en *Historia* de Oviedo, de PÉREZ DE TUDELA (LXXIX-LXXX).

²¹ "Antes quisiera yo hablar hallando qué loar en sus obras [las de los capitanes atacados], porque fuera más dulce la lección y para mí más aplacible ejercicio la ocupación destas materias" (X, lib. XXI, 2: 248), con lo que Oviedo amplía su figura de misionero de la verdad aunque esta no halague, y de paso su supuesta imparcialidad total ante su obligación de exponer la verdad: "pero como tengo dicho en otra parte, he de dar razón por dónde esta tierra ha llegado a estar casi yerma, sin indios" (248).

²² Se precia de descubrir las intenciones "torcidas" de sus rivales y manejarlas con cautela. En su primer regreso a España de Indias para denunciar a Pedrarias ante la corte, Oviedo descubre en la nave en que viaja dos agentes de aquél y del obispo de Darién: "Alcancé a saber que el fray Diego de Torres iba por contraseño de mi embajada, enviado por el obispo a España so color de otros negocios... El capitán Rodrigo de Colmenares iba enviado por Pedrarias... E temían bien el uno y el otro. E aunque yo entendí el secreto de sus negociaciones, no dejé su comunicación e familiaridad, e hasta esta cibdad de Santo Domingo de la Isla Española venimos en compañía e a una mesa e manteles" (XI, lib. XXI, 2: 248-249).

²³ El tópico del Oviedo queridísimo por los monarcas no es privativo de la megalomanía de Oviedo. Lo es también de la credulidad de Amador de los Ríos quien adopta versiones de aquél al pie de la letra. Dice Oviedo en su *Historia* relatando su primer regreso a España de Indias: "E después que llegué a Sevilla, fui a buscar al Rey... E allí le besé las manos... E holgó mucho de ver aquel presente... E el Rey me oyó, e me preguntó lo que fue servido saber de mí... E yo supliqué que me diese licencia para ir a Madrid [para visitar a su familia]; e su alteza lo hobo por bien..." (XI, lib. XXI, 2: 249).

Por su parte, Amador de los Ríos dice en su biografía que el Rey Católico "recibió contento al antiguo mozo de cámara del príncipe don Juan, holgando mucho de las cartas y nuevas que le traía, así como del presente..." (Ríos, xxvi). El entusiasmo del biógrafo subraya esa gran deferencia del rey para con el veedor,

tuoso del prójimo²⁴; un salvador de quien depende el futuro de la Tierra Firme²⁵; un mártir que busca la condolencia del lector comprensivo²⁶; un individuo abnegado que da prioridad al bien de los demás antes que al suyo²⁷; e incluso un sufridor

y más adelante lo hará en relación con otros señores prominentes como el Gran Capitán, Carlos V, los hermanos Colón, etc. De tales deferencias no hay más evidencia que la ofrecida por el mismo Oviedo. El que éste fuera un burócrata atendido en muchas ocasiones por estos señores y por el Consejo de Indias es algo que no admite duda. Pero la amistad particular con ellos no es más que una exaltación panegirista.

²⁴ Se nos muestra con una cualidad gregaria cristiana. Fray Diego Torres, el agente del bando de Pedrarias mencionado antes, es tratado con benevolencia después de su muerte: "Mas después, desde a pocos días, se fueron en otra nao — los agentes —, y en el camino adoleció el padre fray Diego Torres, e llegó a morir dentro de la bahía de Cádiz, sin se desembarcar. Pienso yo que era tan buena persona, que no dejara de decir verdad, si llegara a la corte a donde deviera decirla" (XI, lib. XXI, 2: 250).

Y en relación al otro agente, Rodrigo Colmenares quien viaja también a Flandes en contra de la empresa de Oviedo y en defensa de Pedrarias, Oviedo demuestra su carácter bondadoso por encima de sus diferencias políticas: "...e al tiempo que me partí de Bruselas, vi acaso al Rodrigo Colmenares enfermo e pobre, e rogome que por amor de Dios le llevase conmigo a Castilla; e así lo hice, e aun le presté dineros que él me pagó mal..." (251). En ambos casos, claro, Oviedo aprovecha el suculeto dato para la edificación de su imagen positiva.

²⁵ Así lo da a entender cuando se queja de la poca atención que le prestó el cardenal Cisneros en España, a pesar de la orden de Carlos V de que lo escuchara. "... pero nunca fui de ellos respondido ni oído ni despachado en cosa que tocase a aquella tierra, ni a la paga de mis gastos e gratificación, que su Majestad mandó hacerme; y así la tierra se quedo con sus trabajos..." (XI, lib. XXI, 2: 251, énfasis mío).

²⁶ Después de narrar en detalle los grandes trabajos y gastos que tuvo en la prosecución de su negocio de Tierra Firme se queja de haber perdido el tiempo y el dinero con cierto dejo de resignación cristiana: "e yo [me quedé] con los [trabajos] míos, e con más de dos mil castellanos menos, que gasté en aquellos viajes. Sea Dios servido de todo" (XI, lib. XXI, 2: 251). Tal resignación la alterna Oviedo adrede con su labor mesiánica que prosigue sin descanso. Y así insiste en la relación de sus cuitas haciendo del texto una especie de libro de memorias: "Quiero volver a mi camino e trabajos, que no pararon en lo que está dicho" (251).

²⁷ Al enumerar las mejoras que logró de la corte para los colonos de Tierra Firme, las cuales nadie pone en cuestión, Oviedo no deja de destacarlas al igual que el detrimento que le trajeron en su interés personal: "E otras mercedes e franquezas llevé para la tierra e pobladores della, que generalmente a todos fueron útiles e provechosas, e a mí sólo dañosas; porque demás de no haberme dado nadie, para gratificación de mi trabajo e gastos, un real ni valor dél, aunque como en otras partes he dicho, fui a Flandes, e gasté de mi hacienda la mayor parte, buscando el remedio de aquella tierra, como todo lo que yo hice era a proposito de la comunidad y de todos, ningún particular me lo agradeció" (XIV, lib. XXI, 2: 262, énfasis mío).

asceta de injusticias que se permite compararse con los santos y hasta con Jesucristo²⁸.

Sin embargo todas las noticias que presenta de sus propias andanzas son verídicas y en la mayoría de los casos comprobables a través de otras fuentes históricas. La falta de objetividad del cronista se encuentra en la cuidadosa selección y matización de los hechos que quiere mostrarnos. Tales hechos, de otra parte, atienden a las vicisitudes más importantes de su vida por lo cual sería injusto hablar de un Oviedo que oculte aspectos fundamentales de sus acciones tanto en las Indias como en Europa.

El nivel de manipulación de la narración histórica que hace Oviedo en el caso de su propia semblanza es sin embargo más respetuoso de la verdad histórica que el de muchos otros historiadores de su época. Y este esfuerzo por presentar la verdad tiene sus logros, a pesar de su declarada intención didáctica, en la *Historia*, la cual hubiera facilitado una distorsión de los hechos al servicio de la edificación moral del lector²⁹.

Y aunque Hayden White nos ha prevenido ya contra la aparente falta de intención en la búsqueda de la verdad histórica ("the disinterested inquiry into anything whatsoever, is unthinkable as an ideal without the presupposition of the kind of activity which politics represents", 114), nos es posible de-

²⁸ La búsqueda de condolencia de Oviedo llega a una de sus cúspides en el capítulo XVII del libro XXI en que relata el atentado de los partidarios de Pedrarias contra su vida: "Las fuerzas de cada uno no se manifiestan sino por las adversidades: así lo dice San Gregorio. Yo confieso que estas fuerzas con que resistieron mis trabajos entre mis adversidades, no fueron más, sino de quien me libró de ellos, que fue la omnipotencia de Dios" (2: 275), presentándose, de paso, como un instrumento divino. Y considerando necesario justificar el relato de estos detalles trae a cuento las experiencias de martirio de San Pablo quien "no negaba sus azotes", y de Cristo quien "no se desprecó de su pasión" (2: 275).

²⁹ William Nelson explica este fenómeno de la permisibilidad de la ficción en el siglo XVI en los siguientes términos: [The Renaissance defenders of poetry] asserted that fictional creation represented ideas or universal or human types rather than individuals, imitations philosophically more true than the particularity to which history was bound. Or fiction was taken to show the truth of the world as it may be and should be, a rational world in which virtue was rewarded and vice punished and therefore a world more 'real' than the foolish one of the historians (50).

fender aquí un mayor alto grado de fidedignidad de Oviedo en la selección de material para su semblanza basados en los constantes esfuerzos del cronista por probar lo expuesto con evidencias. El cronista Oviedo fue uno de los historiadores del Renacimiento más interesados en la utilización de lo que el mismo White llama "the rules of evidence": "the imagination [of the historian] is disciplined by its subordination to the rules of evidence which required that whatever is imagined be consistent with what the evidence permits one to assert as a 'matter of fact'" (123).

El carácter fidedigno de Oviedo como historiador ha sido exaltado por Antonello Gerbi, quien, refiriéndose a su curiosidad ante el Nuevo Mundo y sus hechos, nos dice que "...su función de historiógrafo se agiganta a sus ojos, y se transforma en un alto sacerdocio de la verdad, que impone una religiosa entrega a la exactitud y a la integridad de la información" (268); y por Rómulo Carbia quien nos habla de Oviedo como "uno de los historiadores más dignos de fe, para quien la obligación de decir la verdad, en materia histórica, era imperiosa obligación de conciencia", y agrega "se le tiene por un historiador sensato y muy equilibrado" (*Historia de la leyenda*, 49).

La versión de su vida es más la de un individuo envalentonado y ensoberbecido con la innegable portentosidad de su experiencia en el mundo imperial en que vivió. Mas no es la de un falsificador que quiera inclinar a su favor la evaluación de la posteridad. Oviedo no tiene necesidad de eso. Está seguro de la novedad, importancia y efectividad de su contribución a su nación, su Rey, su Dios, su público lector y la cristiandad, y tal certeza lo lleva a la vanagloria y la falsa modestia. Oviedo es un individuo de habilidades medianas que realizó una obra extraordinaria y por ello quiere proveerse de una justicia y un reconocimiento que se le hacen cada vez más necesarios a medida que avanza su senectud. Oviedo es un hombre un tanto inseguro del calibre de sus excelencias por lo cual se compensa a sí mismo con la alabanza, y haciendo ésto prefirió omitir uno que otro pasaje poco luminoso de su vida³⁰.

³⁰ Las omisiones — no negaciones — más célebres que hizo Oviedo en su biografía son sus cargos de juez de crímenes en Darién y del berramiento de

Pero tales pasajes, a pesar de la escandalización de sus detractores primitivos y modernos, no modifican drásticamente su auto-biografía. Lo que Oviedo tenía que habernos dicho sobre su vida lo dijo claramente y con detalles. La proporción de sus logros, la calidad noble de su origen y su función oficial, la probidad y bondad absolutas con que se nos pinta, requieren sí algún escepticismo metódico del lector, o una reducción del sentido de sus frases (como dice Peña, 624), mas no la incredulidad total.

Oviedo nunca pretendió darnos una autobiografía sistemática a pesar de que habló mucho de sí mismo en la mayoría de sus obras. Tampoco lo pretendió ninguno de los muchos autores de su época que contribuyeron a crear una semblanza del cronista. La exaltada imagen que nos da apunta a la descripción de un individuo que ha dedicado su vida y sus habilidades al servicio de la instituciones sociales en que creía: la corona de Castilla, el imperio evangelizador y civilizador de Carlos V, la iglesia católica y sus principios básicos, y el bienes-

los indios. Recibía una comisión por cada indio herrado. Serrano y Sanz en sus *Orígenes de la dominación española en América* dice: "A más del oficio de Veedor, dióse a Fernández de Oviedo la representación del secretario Lope Conchillos en el cargo de Escribanía mayor de minas, del Crimen, y juzgado del herrar los indios" (ccc1). Para su comprobación cita un documento en el que el rey le pide a Conchillos — encargado de los negocios de Indias durante el reinado de Fernando el Católico — que distribuya estos dos cargos entre otros funcionarios ("...e que agora vos enviays a usar e exerçer los dichos oficios, con vuestro poder, a Gonçalo Hernandez de Oviedo, nuestro Escrivano, e que convenia, por ser la dicha Tierra Firme larga, dividirse los dichos oficios para exerçerse como convenia en muchas personas..." [cccii, nota núm. 1]).

Esta omisión le ha valido a Oviedo duras recriminaciones como las del mismo Serrano y Sanz: "...no dejaba de ser extraño el que un palatino explotase algo tocante a lo de marcar con un hierro a los desgraciados indios reducidos a esclavitud" (ccc1-cccii). Sin embargo, y como el mismo documento citado por Serrano lo comprueba, estos dos engorrosos cargos estuvieron en manos de Oviedo por un muy corto lapso de tiempo. El citado documento data del mismo año en que Oviedo hacía sus preparativos para el viaje a Indias (1513). En razón de la justicia con Oviedo es necesario reconocer que una de las razones por las que él no mencionó estos dos cargos en sus referencias auto-biográficas fue precisamente por lo insignificantes que fueron en su vida en Indias. Sus detractores nunca tienen ésto en cuenta.

tar de los miembros de la nación española especialmente en su construcción de una sociedad nueva en las Indias. Y aunque en tal imagen se reviste de una perfección edificante, propia de un caballero andante (que no guerrea), no es posible negar que los hechos más significativos en la vida del cronista fueron realizados al servicio de estas instituciones.

Bastante se le ha criticado por haber dedicado gran parte de su vida solamente al servicio de los poderosos. Esto es cierto y podríamos agregar que esta actitud de burócrata e intermediario contribuyó más a su encumbramiento social que sus potenciales personales o familiares. Sin embargo, lo que diferencia a Oviedo de un parásito adulator es su efusiva entrega, con una obra ingente, a la defensa y edificación de los fundamentos éticos de aquellas instituciones sociales. De allí que sus obras estén impregnadas de consejos, admoniciones didácticas, propuestas de gobierno y, en el peor de los casos, de cantaletas. De allí también el decidido carácter utópico de algunos de sus escritos³¹.

En este contexto de un Oviedo gregario y defensor de los ideales sociales de su época es necesario colocar las innumerables menciones que hace de sí mismo en sus obras. Y aunque

³¹ PÉREZ DE TUDELA encuentra en la totalidad de la obra de Oviedo la presencia constante de un ideal caballeresco que cataloga como un "catecismo estético moral" (396) y el cual adquirió desde joven con la adopción de "valores y convenciones que configuraban el arquetipo ideal europeo... definido en la obra de Castiglione" ("Rasgos del semblante...", 401). Este esfuerzo por plantearle al lector la imagen de un individuo perfecto para la emulación era frecuentemente alternado con las propuestas de administración gubernamental — "Memorial... denunciando los abusos de Pedrarias..." (Altolaguirre, 209-217); la carta a Felipe II de abril 12 de 1554 (Otte, "Una carta inédita...", 437-458); y sus obras memorialistas y moralistas como las *Quinquagenas* y las *Batallas y quinquagenas* — o la propuesta de totales mundos ideales como el presentado en *Don Claribalte*.

En este último, por ejemplo, después de que el héroe ha reunido en su poder los tronos de Inglaterra (al oeste) y el de Albania y Constantinopla (al este) finaliza la novela con el *augurio* de la *formación del imperio español* (lo cual era una verdadera profecía para el año 1519 en que se publica el libro): "Y el rey de España le envió sus embajadores [a Claribalte] y a tratar casamiento con hija suya para Liporente [hijo de Claribalte]" (Folio LXVII). En todos los casos hay una propuesta explícita de Oviedo de un mundo y unos hombres mejores que los que él conocía.

en ellas se nos revela orgulloso de sus logros y decidido a no dejarlos perder en la anonimidad, sería injusto considerar la semblanza resultante de su vida como una mera glorificación de su persona. El alto concepto que Oviedo tiene de sí mismo depende más de la certeza de la importancia de su labor de servicio que de la creencia en la importancia y magnificencia de su persona. A pesar de la constante mención de sus logros, debemos reconocer que insiste mucho también en sus limitaciones como historiador, poeta, erudito latinizante, etc.

La prominencia de la figura de Oviedo en la historia del gobierno de Pedrarias es también necesaria dada la concepción que tiene él de la escritura de la historia. Para Oviedo la autenticidad de la historia es una calidad reservada para aquellos historiadores que pueden testificar los eventos narrados con su propia experiencia o, en su defecto, con la mayor proximidad espacial y temporal posible a aquéllos. En esta certeza, y en el orgullo de su cercanía a los sucesos de Indias que escribe, se basa la desautorización constante que hace de escritores como Pedro Mártir de Anglería que escriben desde España sobre el Nuevo Mundo. Son infinitos los casos en que Oviedo nos describe eventos, costumbres, hombres, animales y plantas explicándose en las minucias de su contacto personal con ellos, lo cual, para él, lo recubre de un aura fidedigna y una autoridad insuperables.

El mejor ejemplo de la unidad historia-experiencia como presupuesto de la labor del historiador, lo expresa Oviedo al referirse no a sí mismo sino a fray Gaspar de Carvajal y su relación del descubrimiento y exploración del río Amazonas en el libro L, cap. XXIV de su *Historia*. Para Oviedo, Carvajal es...

...digno de escribir cosas de Indias, e que debe ser creído en virtud de aquellos dos flechazos, de los cuales el uno le quitó o quebró el ojo; e con aquel sólo, demás de lo que su auctoridad e persona merece, que es mucho, segund afirman los que le han tractado, creería yo más que a los que con dos ojos e sin entenderse ni entender que cosas son Indias, ni haber venido a ellas, desde Europa hablan... (5: 401-402, énfasis mío).

La historia del Darién y sus tribulaciones bajo el poder de Pedrarias constituyen eventos que Oviedo observó, palpó y protagonizó y que hasta lo cubrieron de heridas. La prominencia de su “yo” en este libro responde, entonces, no sólo al carácter autobiográfico que ello implica sino también a una necesidad del cronista de reafirmar la veracidad de su relato. Además, los hechos del Darién habrían de dejar profunda huella en su formación americana. En la vehemencia del ataque a Pedrarias y su gobierno Oviedo hace el primer planteamiento indirecto de su proyecto utópico para las Indias. En tal proyecto la figura de Oviedo se inscribe como un misionero de la verdad y la denuncia. En el capítulo X del libro XXIX en que inicia la semblanza de Pedrarias y su gobierno así lo indica:

Cansancio es, y no poco escrebirlo yo y leerlo otros, y no bastaría papel ni tiempo a expresar enteramente lo que los capitanes hicieron para asolar los indios e robarlos e destruir la tierra, si todo se dijese tan puntualmente como se hizo; pero pues dije de suso que en esta gobernación de Castilla del Oro había dos millones de indios, o eran incontables, es menester que se diga cómo se acabó tanta gente en tan poco tiempo (3: 241).

Este proyecto de exposición de la verdad alienta su relación de los hechos del Darién y después de todas las Indias hasta 1548 (última fecha en su *Historia*), pero siempre en relación con su propia figura de funcionario real justo y fiel vasallo de la corona española. Por el momento subrayará su función de historiador justo, veraz e imparcial adoptando una actitud de superioridad propia de quien tiene en sus manos la redención o condena de sus historiados en su denuncia de las atrocidades del Darién. “A los cuales [capitanes que acaba de acusar] pido de gracia me hayan por excusado en lo que les pareciere agravia mi historia”, dice en el lib. XXIX, cap. X (3: 248). Pero la exposición de la verdad justifica la rigidez: “Y si en esto tovieren consideración e respecto con mi pluma, verán que los he tratado como amigos, e no con pasión alguna: que en verdad no la tengo en este caso” (248).

Esta ausencia de “pasión” que reclama Oviedo es también una defensa de su concepción de sus fuentes históricas. Los

hechos que él presenció con sus propios ojos no necesitarían más respaldo documental, aunque en la mayoría de los casos Oviedo prefirió presentarnos todas las versiones posibles de un mismo suceso relatado. La confianza de Oviedo en la testificación ocular es, como indicábamos, otra causa de la prominencia de su persona en su práctica histórica: "...e que los procesos de sus obras e méritos venían a mi poder, e los vi, e leí e vi lo demás de sus residencias..." (3: 248). Se considera entonces un individuo con autoridad para escribir historia: "Mas para que la historia mejor se entienda conuiene darle principio de la manera que agora se dira, en lo cual, *como testigo de vista, deuo ser oydo...*" (*Las memorias...*, 625, énfasis mío). Esta autoridad que se da es causa también de esta creciente megalomanía del cronista en la que se nos presenta como un español que posee la fórmula acertada que evitaría los desmanes y fracasos que relata³².

La autoglorificación de Oviedo en la *Historia* tiende a hacerse también por medio del contraste con una figura execrable. Pedrarias Dávila proveerá ese elemento de contraste en este libro XXIX con su figura de tirano, codicioso, egoísta, hipócrita y gobernante ineficiente. Las contradicciones del cronista con este hábil e inescrupuloso político están tan frescas y airadas en la *Historia* que el libro XXIX casi se convierte en una oportunidad para saldar cuentas personales. La llegada de Oviedo por segunda vez a Tierra Firme después de haber logrado en la corte la deposición de Pedrarias, en favor del malogrado Lope de Sosa, ofrece en su *Historia* una de las más efectivas dramatizaciones de este contraste. El pasaje, uno de los más

³² Así, por ejemplo, en el relato de los fracasos de Pánfilo de Narváez en la Florida, Oviedo no desaprovecha la oportunidad de sugerir que el conquistador sucumbe en parte por no haber escuchado su consejo: "...e aconsejéle yo como amigo que se sosegase ya en su casa o compañía de su mujer e hijos, e diese gracias a Dios, pues tenía en qué vivir e con qué pasar este vado mundo e tan lleno de inconvenientes, como sus deseos guiaban a este mandar hijos ajenos, debiérale parecer que lo que yo decia no era tan a propósito como lo que él negociaba. E así acabó como negocios mal fundados, e para su muerte e otros muchos solicitados, pues no le faltaba edad para buscar quietud". En lib. XXXV, Proemio (4: 285).

citados por los biógrafos de Oviedo, es uno de los ejemplos más vívidos de la tendenciosidad glorificadora de los escritos del cronista (lib. XXIX, cap. XIV):

Desde a pocos días que murió Lope de Sosa... llegué yo al Darién con mi mujer e dos hijos, creyendo hallar gobernando la tierra a Lope de Sosa; e llegado al puerto de San Joan... supe la muerte de Sosa, que yo sentí en el ánima; porque luego me hallé e tuve más preso que si me viera en tierra de moros, porque en la verdad, yo había procurado y hecho todo lo que en mí fue para que Pedrarias fuese removido. E túveme por perdido, e no me engañé en ello, ni me desembarcara, si no fuera por mi mujer e hijos; pero como no pude hacer otra cosa, atendí a me encomendar a Dios y esperar su socorro: que otro no le tenía (3: 261).

El propósito denigrante y sugestivo de Oviedo no podía ser más efectivo. Con aquello de “en tierra de moros” el gobernador del Darién ha sido comparado con un califa y asociado así a las más negativas características imaginables en la época. Este “califa” es injusto, sangriento, impío, veleidoso y cruel. Su poderío inspira pavor antes que respeto e implícitamente la desaprobación del Dios de los cristianos. De otra parte, el abnegado Oviedo, puesto en tal peligro por su entrega al interés de los colonos, no deja de revestirse de las calidades del cautivo cristiano quien no tiene más remedio que encomendarse al socorro — y aprobación — de Dios. Esta hábil manipulación de las caracterizaciones de sus personajes históricos ha estado contribuyendo a los propósitos panegiristas de Oviedo sin interrupción desde el siglo xvi.

Además de este sistema de contraste, Oviedo utiliza efectivamente y hasta la saciedad la personalización candorosa de su relato histórico. Ya hemos indicado su persistencia en la mención de sus acciones, y podemos agregar la casi manía de presentar la historia a través del prisma de su ego. Por este camino habrá de presentarnos algunos de los datos más sugestivos y detallados de su intimidad personal, lo cual es un lujo que puede darse después de haber ganado, como lo ha hecho, cierta simpatía incondicional del lector. Por eso se explaya en detalles sobre el atentado criminal a su persona (lib. XXIX, cap. XVII):

Y en este instante llegó por detrás el Simón Bernal con un puñal luengo muy afilado (aunque traía otra espada ceñida), e dióme una gran cuchillada en la cabeza, e descendió cortando por debajo de la oreja siniestra, e cortóme un pedazo grande de la punta e hueso de la quijada, y entró hasta media mejilla; e fue tan grande e honda la herida, que me derribó e dio conmigo en tierra; e al caer, dióme otras dos cuchilladas sobre el hombro izquierdo... (3: 277).

Los detalles no sólo dan la calidad del puñal — longitud y filosidad — sino también la del agresor quien, como en el caso de Pedrarias, es objeto de una degradación en contraste con la magnificación del cronista. Con el “aunque traía otra espada ceñida” Oviedo apunta a la cobardía de Bernal (ya expresada con su aproximación por la espalda) al valerse de un arma innoble a pesar de portar una espada. El valor de esta mención de las armas es notorio más adelante cuando Oviedo nos indica que él sí recurre a la espada en sus esfuerzos por defenderse: “...e dándome priesa a levantarme, dije: ‘Oh traidor, por qué me has muerto?’ E puse mano a la espada, que tenía ceñida...” (277). Bernal es un traidor incapaz de usar un arma noble como la espada. Oviedo — en contraste — es una víctima valiente que sí recurre a esta arma³³. Dado que todos los hechos que Oviedo trae a cuento para su autoglorificación son comprobables históricamente, es necesario subrayar que el panegírico que construye descansa en la perspectiva con que los presenta y en la megalomanía que lo impele, no en la falsificación de los hechos³⁴.

³³ Como se ve en este pasaje Oviedo es proclive a la presentación de detalles muy íntimos de su vida para su argumentación histórica. Otro de los ejemplos más luminosos de esta tendencia es el de la narración del segundo atentado que preparaba Bernal: “Entonces el Simón Bernal dijo (lib. XXIX, cap. XIX): ‘Ya yo sé que estoy sentenciado a muerte; pero juré [sic] a Dios que este arpón que traigo puesto en esta ballesta, u otro, le tengo de echar al veedor por los pechos, estando parado en aquella ventana de su casa una noche’. E diciendo esto señalaba con el dedo la ventana que se veía desde allí, y era la cámara donde yo dormía, e muchas veces de noche, me paraba allí desnudo, por la calor” (3:282).

³⁴ Por eso no podemos estar de acuerdo con la afirmación de Atrom en su “Gonzalo Fernández de Oviedo, relator...” en donde, tratando de encontrar a “los iniciadores de la narrativa hispanoamericana” (133), declara al cronista como autor de ficciones en la escritura de su biografía: “...ocultando unos pormenores, alterando otros y añadiendo algunos de su propia cosecha, logró inventarse a sí mismo como personaje de ficción. Había comenzado a novelar su propia vida” (133).

EL OVIEDO DE SUS CONTEMPORÁNEOS

Dos historiadores del siglo xvi que contribuyeron con cierta amplitud a la formación de una imagen negativa de Oviedo fueron Las Casas y Hernando Colón. En ambos casos, el cronista oficial es objeto de incisivos ataques. Furibundos e injustos en el caso del religioso, certeros y cáusticos en el del hijo del Almirante. Pueden encontrarse, por supuesto, muchas referencias a Oviedo en este siglo, pero no con la amplitud ni el detallismo de las dos que nos ocuparán en lo sucesivo³⁵.

Pedro Mártir de Anglería lo menciona algunas veces en sus *Décadas* con cierto dejo entre peyorativo e indiferente. Esta falta de entusiasmo del humanista italiano es bien explicable, sin embargo, por la rivalidad implícita entre dos escritores que comparten intereses en el tema novísimo de Indias.

En la "Década" tercera, lib. V, cap. II, Mártir da noticias sobre la Tierra Firme y sus habitantes, los Caribes, con base en informaciones de Pedrarias, Vespucio y Oviedo. Este último aparece como un simple informante más: "Muchos me contaron maravillas de estas cosas. Entre otros, cierto Gonzalo Fernández de Oviedo, magistrado regio de los que en España llamaron veedor, se jacta de haber entrado más adentro en el terreno..." (245). Por lo visto su jactancia no se reservaba solamente para sus libros, sino también para sus conversaciones, lo cual nota muy bien Mártir y obviamente le desagrada.

Otro historiador de renombre que se refiere a Oviedo, aunque en el siglo xvii, es Antonio de Herrera, cronista oficial de Indias. La ocasión la presenta la historia que recuenta de los hechos de Castilla del Oro y Pedrarias. En la "Década Segunda", lib. I, cap. X, "Que Gonzalo Hernández de Oviedo vino a Castilla del Oro y lo que refirió de las Indias (1515)",

³⁵ Entre ellas debemos mencionar la muy positiva referencia de Juan Ginés de Sepúlveda quien utilizó fundamentalmente la *Historia* de Oviedo (los 19 primeros libros que hasta entonces habían aparecido) para la composición de su *De Rebus Hispanorum Gestis ad Novum Orbem Mexicumque* ("Hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo y Méjico") alrededor de 1560. "Gonzalo Fernández de Oviedo escrupuloso escritor que ha legado a la posteridad la historia de estos hechos [los de Cortés] en español" (Losada, *Juan Ginés de Sepúlveda...*, 241).

Herrera dice que Oviedo salió huyendo de Castilla del Oro después de haber enojado a Pedrarias con el exceso de libertad en sus acciones. Justifica así la persecución de éste y desautoriza las denuncias de aquél. "Oviedo vino a Castilla huyendo, según se dijo, porque la libertad con que procedía dio ocasión a Pedrarias de echarle mano, dio de él grandes quejas, y pretendió mostrar que las cosas del servicio del Rey no pasaban bien" (4: 51-52)³⁶.

EL OVIEDO DE LAS CASAS

La semblanza negativa de Las Casas está inscrita en una rencilla ideológica y personal con el cronista oficial. Tres actitudes de Oviedo enfurecieron permanentemente a Las Casas: su oposición al proyecto de conquista pacífica de los indios ante la corte en Barcelona en 1519³⁷, su crítica y ridiculización del fracaso del proyecto de Cumaná en su *Historia general*³⁸,

También la referencia de López de Gómara en sus *Anales* quien incluye a Oviedo (anal de 1516) entre los cronistas oficiales de Fernando el Católico [dato poco frecuente] y da evidencias del éxito de su *Historia* en el auditorio de su época en el anal referente al año 1535: "Publica G. Hernandez de Ouiedo la primera parte de la historia gen y natural de Indias, que fue bien receuida" (231).

³⁶ A pesar de que Herrera no es amigo de los detalles nimios, en su *Historia* no deja de incluir uno que redundante en la lesión de la figura de Oviedo al sugerir su desacato de algunas leyes reales: "Y porque Oviedo trajo tres mujeres indias, y un mancebo el Rey mandó a los oficiales de Sevilla, que se los tomasen y hiciesen dotrinar en la fe, porque siempre era su intención que no trajesen indios a estas partes, y que después los volviesen a enviar" (54). La cita, irrelevante en relación con la historia de Castilla del Oro, expresa la animadversión de Herrera para con Oviedo y, de paso, nos da un dato sobre la vida de éste que, por supuesto, el primer cronista nunca menciona.

³⁷ En 1519 Oviedo y Las Casas se encuentran en la corte buscando ambos la aprobación de sus proyectos de colonización. La presentación que el fraile hizo de los indios como individuos angelicales e inofensivos produjo opiniones contrarias de Oviedo quien tenía la experiencia de su contacto con los feroces caribes. Esto obstaculizaba el proyecto pacifista de Las Casas. Amador de los Ríos en "Vida y escritos..." ilustra la situación: "La contradicción de Oviedo, a que arrimó el voto de los consejeros de Indias, y la opinión de cuantas personas responsables habían pasado al Nuevo Mundo, ofendió de tal manera al licenciado Las Casas, que no solamente le vio desde entonces con declarada aversión sino que ni aun después de su muerte llegó a perdonarle la ofensa" (xxx).

³⁸ La narración de estos hechos está en el capítulo V, lib. XIX, págs. 199-201 de la *Historia*. Edmundo O'Gorman reproduce el capítulo en su selección de textos *Sucesos y diálogos de la Nueva España*.

y sus opiniones desfavorables del indio en la misma obra y en el *Sumario* en 1526. Estos dos últimos aspectos merecen unas palabras extras.

La narración de Oviedo de los hechos de Cumaná en una obra de amplia divulgación, como la primera parte de su *Historia* (ediciones de 1535 y 1547), presenta a Las Casas como un iluso y soñador fraile quien, prometiendo otorgar órdenes de caballería, entregó un grupo de labradores ilusionados a los rigores y la muerte entre indios salvajes. Como bien lo explica Marcel Bataillon, en *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Oviedo manipula hábilmente los hechos en favor de una ridiculización del dominico que se volvió célebre. Los hechos básicos contados por Oviedo, son, sin embargo, ciertos. El problema está en el tono: “[Oviedo] rinde homenaje al clérigo colonizador convertido en monje, y buen monje; pero cuánto menosprecio tiene su indulgencia!” (158), dice Bataillon. Ángel Losada en su *Bartolomé de Las Casas a la luz de la moderna crítica histórica*, se explica esta ridiculización de Oviedo diciendo: “Pero el peor enemigo que encontró Las Casas en su camino, sin duda [fue], el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo” (144).

Lo que no tienen en cuenta ni Bataillon ni Losada es que este ataque de Oviedo al fraile es del mismo tipo sardónico y despiadado que él siempre dirigió contra los líderes de empresas colonizadoras en Indias que fracasaron por descuidados, irresponsables e inexpertos. Una de las cosas que Oviedo nunca toleró fue el arrastre de jóvenes ilusos españoles a su muerte en expediciones irresponsablemente organizadas. Las Casas con su utopía de Cumaná y las muertes subsiguientes de los hombres participantes, caía dentro de este género de personajes criticables. Para Oviedo atacar a Las Casas como lo hizo no tenía que tener con él diferencias personales. De otra parte, y como bien lo admite Bataillon, Oviedo está reflejando en su ridiculización un consenso de la opinión de la época sobre las aventuras colonizadoras del fraile.

Y con respecto a la opinión desfavorable sobre el indio que enfureció a Las Casas es conveniente tener en cuenta algunos aspectos. La publicación del *Sumario* en 1526 divulgó

opiniones sobre los indios como esta: “. . . comen carne humana, y son abominables, sodomitas, y crueles y tiran flechas emponzoñadas de tal yerba, que por maravilla escapa hombre de los que hieren. . .” (113). La primera edición de la *Historia* de Oviedo en 1535 y que gozó de amplia popularidad divulgó otras como las siguientes: “. . . esta gente, de su natural, es ociosa e viciosa, e de poco trabajo, e melancólicos y cobardes, viles e mal inclinados, mentirosos e de poca memoria, e de ninguna constancia. . .”. Y más adelante agrega el cronista (lib. III, cap. VI):

. . . en ninguna provincia de las islas o de la Tierra Firme, de las que los cristianos han visto hasta agora, han faltado ni faltan algunos sodomitas, demás de ser todos idólatras, con muchos otros vicios, y tan feos, que muchos dellos por su torpeza e fealdad, no se podría escuchar sin mucho asco y vergüenza, ni yo lo podría escribir por su mucho número y suciedad (1: 67).

Opiniones tan palmarias y desfavorables como estas entorpecían la defensa del indio que hacía Las Casas por estos años. La consecuencia más directa contra el propósito del dominico la representó el rápido y ágil uso que Juan Ginés de Sepúlveda hizo de esta obra para la escritura de su *Democrates secundus* y su debate por la justa esclavización de los indios. Sin embargo, es necesario aclarar dos cosas: primero, que la idea de unos aborígenes indolentes y vergonzosos no era privativa de espíritu “impíos” — en este caso de Oviedo y Sepúlveda — como quiere hacer creer Las Casas. Tales opiniones eran ejemplos de la reacción cruda y discriminadora del europeo ante los indios americanos en el siglo xvi. Alberto Salas lo explica en otros términos:

Las opiniones de Oviedo acerca de los indígenas no son singulares, casi podríamos decir, en cambio, que son vulgares, las más difundidas entonces. . . Muchos españoles, conquistadores, historiadores y cronistas, funcionarios pensaron como él; muchos menos pensaron como Montesinos y Las Casas (120).

Y segundo, el tópico de un Oviedo enemigo de los indios en una distorsión hecha por Las Casas — a pesar de las opiniones desfavorables antes expuestas. En otros libros posterior-

res de la *Historia* que Las Casas no está interesado en observar (y en otros nunca publicados en el siglo xvi) Oviedo defiende al indio con la misma vehemencia del fraile, aunque bajo concepciones distintas.

Dos obras de Las Casas son particularmente efectivas en la caracterización negativa de la imagen de Oviedo: su *Historia de las Indias* y la *Apología* contra Ginés de Sepúlveda³⁹. En la primera obra — de mayor divulgación hoy día — el cronista oficial aparece como un individuo codicioso, cínico, desalmado y abusivo con los indígenas. La animadversión del clérigo llega a los límites del decoro y la veracidad. “Su actitud con respecto a Oviedo”, nos dice Alberto Salas, “es más violenta, más beligerante y personal, y la crítica a la vez, más circunstanciada y detallista, dedicando a ella capítulos enteros de su *Historia*” (*Tres cronistas*, 287). En la pluma de Las Casas, Oviedo es una especie de genocida, un mentiroso y un idiota. O’Gorman encuentra esta semblanza “desfavorable y apasionada” y en ella “no da muestra el P. Las Casas de la probidad intelectual que sería de desearse” (157). Antonello Gerbi piensa simplemente que...

...no se puede dar la razón a Las Casas cuando varias veces, con recargada vehemencia, acusa a Oviedo de haber “infamado” a los indios, de haberlos maltratado y vituperado en su *Historia* para atenuar e incluso justificar el haberlos maltratado tanto de hecho como “conquistador” (417).

En algunas de las acusaciones de Las Casas en su *Historia de las Indias* (lib. III, cap. CXLII) Oviedo aparece destruyendo indios en épocas en las que no estuvo en Indias: “Y que Oviedo haya sido partícipe de las crueles tiranías que en aquel reino de tierra firme... desde el año 14 que fue... hasta el año 19, confiéalo él mismo...” (321). Amador de los Ríos lo defiende de la siguiente manera: “Oviedo no confiesa tal, ni podía confesarlo; pues que en 1515 había dado la vuelta a España para denunciar, como lo hizo, aquellas tiranías...” (XLVII, nota

³⁹ Recurrimos a la obra titulada *Apología*, traducida y editada por Ángel Losada que recoge las dos argumentaciones centrales de Las Casas y de Sepúlveda para su polémica ante la corte de Carlos V sobre la justa o injusta guerra contra los indios.

II). El fraile no solamente confunde la cronología de los viajes de Oviedo sino también su condición de administrador oficial que lo alejaba de la acción en Indias y de cualquier condición de “conquistador”.

De otra parte las informaciones sobre la idolatría y sodomía de los indios no eran, como bien sabemos, “infamaciones” como afirma Las Casas, quien “se centra en la apología de las nobilísimas cualidades físicas y morales de los indios” (Gerbi, 417). Ellas eran las observaciones de un naturalista y etnólogo, no las de un apologista o detractor. “Las Casas responde a la fe en la capacidad humana para conformarse con los caminos de la perfección”, dice Pérez de Tudela explicando la diferencia entre estos dos hombres en términos más cordiales. “La [fe] de Fernández de Oviedo”, continúa, “a la desconfianza en cuanto no sea la imposición disciplinaria de esos caminos” (“Vida y escritos...” LXVIII).

Algunas de las caracterizaciones más célebres de Oviedo en la *Historia* (lib. III, cap. CXLII) de Las Casas tienen el siguiente tenor: “En su Historia que compuso... lo que dice [Oviedo] mezcla con falsedades a su propósito en disfavor de los indios, según siempre hizo, como enemigo dellos capital...” (320). Y más adelante:

...es bien que se refieran algunas de las falsedades que él, sin saber lo que dice, contra los indios tan desmandadas dice, porque se vea con que verdad y con que consecuencia pudo decir lo que nunca vido, y de qué argumentos tan feas cosas colige... (321).

Lo cual es un ataque exclusivamente en relación con su visión del aborigen americano. Pero el fraile no se detiene allí sino que trata de desautorizar su formación intelectual (Lib. I, cap. XVI): “Muchas y en muchas cosas Oviedo alega libros y autoridades que él nunca vio ni entendió, como él no entienda ni sepa latín...” (84). Su animadversión hace del esfuerzo de Oviedo por entender esta lengua clásica un pecado tan grave como su ignorancia (lib. III, cap. CXLIII):

...y la presunción y arrogancia suya de pensar que sabía algo, como no supiese que cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen algunos clérigos que pasaban de camino por esta ciudad de Santo Domingo... (323-324).

Sin embargo, la ignorancia total del latín por parte de Oviedo es una exageración. Nunca lo dominó completamente, pero con frecuencia presentaba citas en latín en sus obras junto con su traducción; se crio en la corte del príncipe don Juan en la que se estudiaba en esta lengua (recuérdese que Oviedo manifestaba compartir textos con su señor siendo su mozo de cámara), y su biblioteca presentaba muchos volúmenes en esta lengua ⁴⁰.

Sus limitaciones con el latín representaron para Oviedo un talón de Aquiles explotado no solamente por Las Casas sino también por la pléyade contemporánea que tendía a justificar algunas imprecisiones de la obra del cronista en la consulta de traducciones en vez de los textos originales latinos ⁴¹. Ignorar

⁴⁰ La cuestión del latín de Oviedo provocó una verdadera polémica entre sus críticos. Para muestra citeamos los casos más conocidos. Vicente de la Fuente defiende su erudición de las insinuaciones de Las Casas: “[no era] escasa su erudición; y que no se reducía ésta a consultar a los curas y frailes que iban por aquella isla, como dijo Las Casas... y ésto [de consultar doctos] es honra para él, pues solamente los necios presumen de saberlo todo” (“Advertencia preliminar...”, xxxii). JUAN PÉREZ DE TUDELA, haciendo eco de Fuente en su “Vida y escritos...”, reconoce un tesón extraordinario en su empeño por leer obras en latín: “Lo vemos así [a Oviedo] acometer en circunstancias inadecuadas y hasta depresivas, la lectura de textos latinos harto duros de roer” (CLXVI). Y más adelante: “La noticia con que Las Casas quiere desfavorecer a Oviedo no deja de resultar en demostración del afán estudioso del alcalde” (CLXVI, nota núm. 487).

Daymond Turner, quien se toma el trabajo de reconstruir con base en las obras del cronista su biblioteca, concluye: “a pesar de sus disculpas y la crítica erudita desde Las Casas a [José de la] Peña [y Cámara], consta que ‘sabía qué cosa era latín’ y que lo dominaba medianamente bien” (“Los libros del alcaide...”, 142-143). Antonello Gerbi reconoce que Oviedo “es probable que haya podido leer cuando menos los autores más fáciles y las crónicas medievales” (286); Avallé-Arce, menos entusiasta, pero sin negarle el conocimiento, dice: “Nuestro cronista sólo conocía el latín de las más tradicionales oraciones de la Iglesia Católica...” (*Las memorias...*, 13); y Ángel Losada, traductor de la *Apología* de Las Casas al español — y quien bien conoce el latín del dominico — dice en relación con estos ataques a Oviedo: “...Las Casas, que no brillaba precisamente por latinista, no era el más indicado para hacer un tal reproche” (381).

⁴¹ El mismo Las Casas, buscando los motivos por los cuales Oviedo “atacó” a los indios en su *Historia*, encuentra que sus limitaciones con el latín le impidieron estudiar más y tener una mejor visión de los aborígenes. Dice el fraile en su *Apología*: “Si Oviedo hubiese puesto tanto cuidado en todo esto [el estudio de la palabra de Dios] como lo puso en dedicarse completamente durante su vida a cosas profanas para dar la impresión de persona docta (él que jamás aprendió latín), sin duda hubiese moderado todo el mal que falsamente dijo...” (381-382).

la lengua del Latio era un pecado entre intelectuales del siglo XVI y la perentoria justificación de Oviedo a este respecto demuestra bien el efecto de los ataques.

En el capítulo XXX del libro L que cierra la *Historia* Oviedo nos entrega una "Conclusión o descargo" dirigido a "algunos latinos e personas graves e no de poca auctoridad" quienes comentaron en España "que el historiador de tan nuevas e pelegrinas (sic) vigilas las debiera escrebir en lengua latina" (414)⁴². Lo acertado de su defensa no finiquita, sin embargo, su complejo de inferioridad: "Amigos e señores", nos dice, "no quiero loar ni desechar lo que decís; mas si mi latinidad e lengua fuera semejante a la del reverendísimo cardenal Pedro Bembo, bien habíades dicho..." (415).

En la *Apología*, Las Casas, quien refuta principalmente a Ginés de Sepúlveda, ataca a Oviedo como proveedor de las fuentes de información sobre los indios. "Presenta Sepúlveda", dice Las Casas, "como confirmación de su pestilentísima opinión a Oviedo, cierto varón que escribió como él la llama una *Historia General* sobre los asuntos de Indias" (377).

Un feroz capítulo dirige el fraile en *Apología* contra Oviedo. Su título es: "Motivos por los que Oviedo difamó a los indios" (58). En el "primer motivo", "Oviedo era uno de los encargados de despojar a los indios y apoderarse del botín" (379). Aquí ataca la veeduría de Oviedo, el puesto que más lo enorgullecía: "Oviedo era inspector de las raciones del rey, cargo conocido vulgarmente con el nombre de 'veedor', y a él le correspondía una parte del botín recogido" (379); y en el "segundo motivo", "Dios, por sus crímenes, le había cegado

⁴² La defensa que Oviedo hace es, sin embargo, admirable, y poco tiene que envidiarle a las defensas del uso de la lengua vernácula hechas por humanistas como Juan de Valdés o Castiglione: "...y en fin esta es regla universal — dice Oviedo — que todos los escritores caldeos, hebreos, griegos e latinos en aquella lengua escribieron en que más pensaron ser entendidos, y en que más aprovecharon a sus propios naturales" (415). Y más adelante concluye: "Así que no es la lengua en que estos tractados míos están, griega ni extranjera ni de las menos loables, sino la que yo sé e me es natural e principal e mejor de las vulgares..." (416).

A su vez Castiglione, en su defensa del toscano, dice en *El cortesano*: "...y digo que he escrito en la mía, y como hablo yo. Y pienso no haber en esto agravio a nadie. Porque cierto creería yo que cada uno en este mundo tiene licencia de escribir y hablar en su propia lengua natural" (18).

para no conocer la buena disposición de los indios” (381). Pero la virulencia del padre dominico supera esta línea de argumentos y llega a los insultos: “criminal”, “embustero”, “miserable hombre”, “semejante idiota” (378), “uno de aquellos impíos”, “ese calumniador” (380).

Oviedo no tuvo vergüenza en esparcir aquí y allá estas mentiras [se refiere a la sodomía y la antropofagia de los indios] en diversos lugares de su historia... Las criminales mentiras falsamente escritas contra aquella gente tan sincera y modesta convierten a su autor en una persona infame... Tiene Oviedo su juez! Vive Cristo y tiene el flagelo en la mano! Este vanísimo embustero tendrá que rendir cuentas a Cristo de haber dado ánimos, con sus virulentísimas calumnias, a aquellos impiísimos salteadores para que destruyan la raíz de aquella gente que jamás mereció tal cosa... (378).

Los ataques de este calibre se repiten incesantemente en estas dos obras de Las Casas y habrán de gozar de gran credibilidad en los siglos posteriores, como tendremos oportunidad de ilustrar. Aquel auditorio que tendía a considerar el estudio del período colonial hispanoamericano como una historia de la reivindicación de los oprimidos fue particularmente receptivo a esta semblanza ovetense de Las Casas. Igualmente lo fue aquel que daba crédito incondicional — y quizás todavía — a la leyenda negra española.

EL OVIEDO DE HERNANDO COLÓN

Hernando Colón comienza a escribir su libro en 1536, un año después de la publicación de la *Historia* de Oviedo. Lo desarrolla durante 1537 y 1538 y lo termina en la primavera de 1539 (Arranz, 26), es decir, durante los años en que se encumbra la reputación de Oviedo como historiador, naturalista y funcionario oficial de la corte.

Dos autores tiene en mente Hernando Colón para atacar: Agostino Giustiniani, genovés que sostenía que Cristóbal pertenecía a una familia de plebeyos, y Oviedo por repetir la leyenda del piloto anónimo (rumor de un marino moribundo que le dio a Cristóbal Colón noticias de la existencia y localización de las Indias), y exponer la “tesis” de las Hespérides

(identificación de las islas del Caribe con antiguas islas del Atlántico pertenecientes a Hespero, rey de España). Dice Hernando en su proemio:

Yo me apartaba de esta empresa sabiendo que otros muchos la habían intentado [la historia del descubrimiento]; pero leyendo sus obras, hallé lo que suele acontecer en la mayor parte de los historiadores, los cuales engrandecen o disminuyen algunas cosas, o callan lo que justamente debían escribir con mucha particularidad (45).

Era inquietante para el hijo del Almirante ver que estos historiadores (especialmente Oviedo), cuyas obras alcanzaban amplia divulgación, comenzaban a propalar versiones sobre su padre muy dañinas para los intereses de los Colón en sus pleitos legales contra la corte.

El capítulo X de la *Historia del almirante* está dedicado a Oviedo: "Se demuestra ser falso que los españoles tuviesen antiguamente el dominio de las Indias, como Gonzalo Fernandez de Oviedo se esfuerza en probar en sus historias" (76). En él Oviedo recibe uno de los ataques más eruditos, coherentes, cáusticos, elegantes y efectivos en la historia de las invectivas contra él. No es un ataque a la persona de Oviedo, como el de Las Casas, y está basado en las debilidades de sus tesis y en los documentos que así lo demuestran. Es curioso notar, sin embargo, que una invectiva como ésta tuviese menos resonancia en la crítica que la diatriba subjetiva del fraile dominico.

Hernando Colón califica la tesis de Oviedo como "fantasía", "tamaña mentira cuya falsedad me consta", "sin razón y fundamento" (77), y comienza su demolición señalando la falta de rigor intelectual de Oviedo: "...se atuvo a Higinio, si bien cautamente, no especificando en qué libro, ni en qué capítulo; y así aleja, como se dice, los testimonios, por que en efecto, no se encuentra pasaje donde Higinio diga tal cosa" (82). Señala también su ignorancia de las lenguas clásicas y desautoriza el uso de sus fuentes históricas. Analiza la versión de Aristóteles sobre la isla en el océano que dio origen a la idea de Oviedo para concluir que éste la malinterpreta

...porque no entendiendo Gonzalo Fernández de Oviedo la lengua latina, por fuerza se acogió a la declaración que alguno le hizo de dicho testimonio, el cual, por lo que se ve, no debía saber muy bien traducir

de una lengua a otra, pues mudó y alteró el texto latino en muchas cosas que quizás engañaron a Oviedo y le movieron a creer que esta autoridad hablaba de alguna isla de las Indias (78).

Además de este ataque a su consistencia intelectual y su desconocimiento del latín, H. Colón avanza con otro cargo que da en el centro de la susceptibilidad del cronista oficial: Oviedo es un adulador desafortunado de los intereses de la corona. “Yo estoy seguro”, continúa Hernando, “de que dijo ésto por hacerse más grato, y lograr más favores de los que consiguió por admitir semejante novela” (79).

Actitud servilista sobre la que ahonda Marcel Bataillon en su artículo “Historiografía oficial de Colón: de Pedro Mártir a Oviedo y Gómara”. En él demuestra la extremada cautela que tanto Oviedo como Gómara tienen en sus respectivas versiones sobre los descubrimientos del Almirante. Ninguno quería comprometerse en contra de la corona en relación con el litigio entre ésta y la familia Colón por su derecho a la gobernación del continente americano. Los abogados de la corte querían aislar el continente de los derechos de Colón indicando que en sus proyectos de exploración no se incluía la búsqueda por el oeste de islas de la India.

Al respecto dice Bataillon: “Oviedo y Gómara pasaron en silencio o negaron ese proyecto por razones de oportunidad más que por respeto a la verdad histórica” (24). Y más adelante concluye:

Oviedo había ganado bien su sueldo de cronista oficial, había preparado bien el terreno para la solución arbitral que, a cambio de un ducado de Veragua, liquidaría las pretensiones de los Almirantes al gobierno y al virreinato de todo el continente (34).

Es cierto que la cautela de Oviedo le lleva en este caso a la omisión deliberada, no de eventos, sino de una terminología controversial, en un momento crucial de discusión de los derechos de Colón y de la corte y en el que no podía tomar partido abierto por ningún bando. El mismo Bataillon lo ilustra:

Mientras [Oviedo] rinde homenaje a la memoria del descubridor, al servicio incomparable que prestó a España, toda su historia de la

empresa de Colón está concebida de tal modo que no suministra ningún argumento a los herederos en sus reivindicaciones de la tierra firme (31).

Lo de la falta de “respeto por la verdad histórica”, que indica Bataillon, no deja de ser, entonces, una acusación imprecisa y, en el mejor de los casos, exagerada. Oviedo no presenta informaciones erróneas, ni omite eventos claves. Les da, por el contrario, una interpretación particular con base en sus concepciones, y sus intereses, lo cual es absolutamente inevitable en cualquier versión histórica de cualquier historiador. Supongamos que Oviedo hubiera presentado una versión que hubiera servido al interés de los Colón. ¿Posibilita eso la presentación de una versión más cercana a la “verdad histórica”? No lo creemos así. Cualquier interpretación implicará siempre en últimas un interés particular, si no político⁴³.

Como bien lo ha indicado ya Manuel Ballesteros, Oviedo, de “carácter afable y ánimo de estar cerca de los poderosos e importantes” (*Vida del madrileño...*, 11), inicia su carrera cortesana al calor de las figuras a quienes se puso a su servicio. En este contexto la adulación de poderosos no fue, al menos al inicio de su carrera, una actividad extraña al cronista oficial.

El siglo xvi fue prolijo en ataques contra Oviedo. Los dos que hemos presentado aquí, sin embargo, son producto de la animadversión precisa de dos individuos tocados personalmente por la obra histórica de Oviedo y cuyas diatribas están dirigidas a aspectos particulares de su obra, no a la totalidad de ésta. El libelo de Las Casas estará llamado a una persistencia centenaria en la reputación de Oviedo; el ataque de Colón, aunque más sólido y serio, se recuerda menos hoy en día.

⁴³ “The politics of interpretation”, precisa Hayden White “arises on those interpretative practices which are ostensibly most remote from overtly political concerns, practices which are carried out under the aegis of a purely disinterested search for the truth or inquiry into the natures of things which appear to have no political relevance at all” (113).

EL OVIEDO DE LA CRÍTICA
DIECIOCHESCA Y DECIMONÓNICA

El siglo XVIII había presentado exaltaciones incondicionales y patrioterías, como la de José Antonio Álvarez Baena en su diccionario de personajes *Hijos de Madrid* de 1789, que se diferencian de los panegíricos de Ríos y Fuentes por la falta de una investigación propiamente dicha en las informaciones presentadas sobre el cronista. El Oviedo de Álvarez Baena, por ejemplo, merece alguna atención aquí ya que va a establecer el tono de las aproximaciones a este autor tanto en los panegíricos como en los libelos posteriormente hechos, especialmente por autores españoles, quienes tendían a identificar los estudios de las figuras históricas con la alabanza de la patria (Ríos, Peña y Cámara y otros). El título completo de la obra establece explícitamente su criterio histórico:

Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico por orden alfabético de sus nombres, que consagra al illmo. y Nobilísimo Ayuntamiento de la Imperial y Coronada Villa de Madrid, su autor D. Joseph Antonio Alvarez Baena, vecino y natural de la misma villa.

El propósito es el de homenajear a la ciudad que se considera “imperial” y “coronada”, a través de la presentación de sus vástagos “ilustres” en un amplio campo de calidades. En palabras del mismo autor esta es “una obra que es toda de Hijos de Madrid, insignes en la virtud, en las dignidades, en la Toga, en las Armas, en las Ciencias y en las Artes” [segunda página, dedicatoria]. Tales principios no pueden dar lugar más que a disertaciones encomiásticas.

En la presentación de su obra a este ayuntamiento hay una interesante identificación conceptual de Historia con panegírico o, en el caso concreto de su tema, de biografía con panegírico: “Un hijo no puede ocuparse más al gusto y aceptación de su Madre, que haciéndose *panejirista* [sic] e Historiador de sus célebres hermanos” [segunda página de la dedicatoria, énfasis mío].

La caracterización de Oviedo comienza por declarar su alta alcurnia con base, no en una consulta de documentos, sino en una suposición:

...el apellido Oviedo era muy antiguo en la parroquia de Santa María de Madrid, que en su ayuntamiento año 1472 se hallaron Rodrigo Alfonso Oviedo, y Fernando Oviedo, Regidores de estado de Caballeros, y que de esta familia fue Gonzalo Fernández de Oviedo, Coronista de Carlos V (nota "c", 354).

La tendencia de Álvarez es la de dar por sentada la hidalguía o nobleza de su biografiado con base en la importancia de sus hechos, lo cual, de paso, presenta una concepción liderista de la historia en la que los grandes hechos históricos pueden ser protagonizados solamente por personajes ilustres⁴⁴. Sabemos hoy por las investigaciones de Uría Riu que Oviedo no pertenecía a tal familia. Pero la necesidad de hacer encajar a Oviedo dentro del presupuesto de ilustres con que se escribe la obra le lleva a Álvarez Baena a proponer una genealogía fantástica⁴⁵.

Pero este no es el único error de esta semblanza dieciochesca de Oviedo. En ella el cronista era "page" [sic] del príncipe don Juan (355) — por su baja nobleza Oviedo llegó sólo a ser mozo de cámara —, se encontraba en Nápoles en 1507 (355) — mientras estaba en realidad ya en España —, en América en 1513 (355) — no llegó allí hasta el año siguiente —, fue nombrado cronista de Indias después de 1535 (356) — lo fue en 1532 — y murió en Valladolid (356) — fue en la isla Española —. Muchos de estos errores se repiten todavía en los manuales.

Entre las muchas referencias históricas y críticas a Oviedo en el siglo XIX sobresalen de entre los autores españoles cinco

⁴⁴ Claudio Miralles de Imperial y Gómez, en su artículo "Del linaje y armas del primer cronista...", hace eco de tal concepción en la cual Oviedo ha tenido que ser de alta alcurnia dada la alta calidad de sus acciones. Refiriéndose a la indubitable calidad de hidalgo de Oviedo — en este momento, 1958, todavía se dudaba de la identidad de su padre — Miralles dice: "...la condición hidalga de sus progenitores, que constituye otro motivo no sólo reiterado en sus recuerdos, sino patente en determinados gestos de su actuación pública; tal, la petición que hiciera de cien hábitos de la orden de Santiago para remunerar los servicios de quienes debían acompañarle a conquistar y colonizar la provincia de Santa Marta" (75).

⁴⁵ Amador de los Ríos, más cauto que Álvarez Baena, propone también al regidor de Madrid como progenitor de Oviedo, entre otras posibilidades. "Su calidad de hidalgo, de que se pagaba mucho y hace alarde en sus escritos, ha sido no obstante causa de sospecharse que pudo serlo o ya Fernando de Oviedo, regidor de Madrid, o ya Juan de Oviedo, secretario en 1466 de don Enrique IV" ("Vida y escritos...", XIII).

trabajos críticos y editoriales. Todos ellos, de una manera u otra se acercan al panegírico del cronista: la edición completa — por primera vez — de la *Historia general y natural de las Indias* y la amplia biografía que le sirve de prólogo “Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo”, ambos a cargo de Amador de los Ríos y publicados en cuatro volúmenes por la Real Academia de la Historia entre 1851 y 1855; la edición de las *Quinquagenas de la nobleza de España* (primera de tres partes) y el prólogo titulado “Advertencia preliminar acerca de las *Quinquagenas* del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo”, ambos de Vicente de la Fuente y publicados también por la Real Academia de la Historia ⁴⁶; y el aparte dedicado a Oviedo en el importante artículo con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, “De los historiadores de Colón”, de Menéndez y Pelayo e incluido en *Estudios y discursos de crítica literaria*, vol. VII.

Este último es el primer trabajo crítico y de evaluación de la bibliografía sobre un escritor del hoy llamado “período co-

⁴⁶ La importancia del trabajo de Fuente yace en su intento de difusión de la obra de Oviedo aprovechando la atención oficial que el cronista de Indias estaba recibiendo en este siglo, y en la presentación del estudio que — aunque superficial y repetitivo del de Ríos — contribuye a la valoración de la obra genealógica y memorialista del autor en su contexto histórico literario. Dice a este respecto Fuente que de haberse publicado las *Quinquagenas* y las *Batallas y Quinquagenas* en el siglo XVI habrían recibido “del monarca y de la aristocracia y eruditos los honores que obtuvieron las de Pulgar y Sedeño” (xvi), publicadas en el mismo año en que muere Oviedo.

Sin embargo la contribución de Fuente dejó mucho que desear. Morel-Fatio, en su amplia reseña-ensayo en 1880, indica que le perdió el respeto a la edición una vez la comparó con los manuscritos originales (187). A Valle-Arce, quien maneja mucho el trabajo de Fuente, dice en su introducción a *Las memorias de Gonzalo...* que esta edición está plagada de “errores de lectura y transcripción, que hablan muy mal de la ciencia paleográfica del copista que supongo habrá empleado La Fuente” (9).

Por último, los criterios mismos de Fuente para la edición de la obra no son sólidos. Después de reconocer que las *Batallas* es mejor obra y más interesante, termina diciendo que eligió las *Quinquagenas* porque “qué acogida les habría esperado si se hubiera publicado las *Batallas* primero?” (xxi). Es éste un ejemplo de los trabajos rudimentarios sobre Oviedo que se han tendido a hacer sobre este autor. Pero a pesar de estos problemas Fuente contribuye, junto con Ríos, al conocimiento y valoración de la vida y obra de Oviedo que se dio en España en el siglo XIX. Su trabajo es de obligada consulta para el estudioso.

lonial” hasta 1892, en este caso Cristóbal Colón. Evalúa la persona histórica del almirante, su contribución histórica, la existencia de los materiales colombinos, la dimensión literaria de éstos, su dimensión poética, sus aportes de observación geográfica, física, naturalista, etc. y, principalmente, evalúa los relatos de la historia del descubrimiento y la vida de Colón. El aparte dedicado a Oviedo es particularmente extenso y equilibrado.

La semblanza biográfica de Oviedo es una de las más morigeradas del momento. Todos los datos que da son correctos, y a pesar de que se basa en Ríos, no se deja influenciar por el entusiasmo sin reservas de éste. No deja de tener, sin embargo, algunos dejos panegiristas, especialmente cuando se trata de aprovechar la figura de Oviedo para atacar a Las Casas. Para Menéndez y Pelayo, Oviedo no estuvo preso de la codicia en Indias (88). También cuando se trata de unir la alabanza del personaje histórico español a las excelencias de la nación española: “[la gran vida y obra de Oviedo] da[n] la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles colocados en el umbral de la historia moderna” (86).

Entre las precisiones y valoraciones sobre la vida y obra, Menéndez y Pelayo observa sobre las *Quinquagenas* que: “[es] un inmenso tratado de anécdotas, sin el cual es imposible conocer íntimamente la España de los Reyes Católicos” (87), aunque son “un fárrago indigesto” “de valor histórico exiguo” (87). A pesar de que reconoce que “no hay entre los primitivos libros sobre América uno tan interesante” (87) como su *Historia*, puede indicar que Oviedo “dista tanto de ser un historiador clásico”, como de ser “un verdadero escritor”⁴⁷.

⁴⁷ No fue esta, sin embargo, la única referencia de M. Pelayo a Oviedo. Véanse otras en “El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón” en *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, vol. V (306-325), en donde señala las confusiones de tiempo y lugar de Oviedo en el relato del descubrimiento; “Santo Domingo” (cap. IV) en *Historia de la poesía hispanoamericana* (286-289) en donde severamente califica las habilidades poéticas de Oviedo: “No fue Oviedo poeta sino abundante y desdichado versificador” (289); y “Zoología y tratados de historia natural” (267-268) en *La ciencia española*, vol. III, aunque sin pasar de la mención de sus aportes con el *Sumario* y la *Historia*.

EL OVIEDO DE RÍOS

El estudio biográfico de Amador de los Ríos — a pesar de la existencia de la semblanza panegirista de Álvarez — es el que representa en la época moderna la continuación de la tendencia exaltada en la presentación de la imagen del cronista iniciada por él mismo. Esta biografía está basada, como ya indicábamos, en la aceptación absoluta de los datos autobiográficos de Oviedo, lo cual no es tan problemático si se miran con cierto escepticismo y perspicacia especialmente porque ellos son en lo fundamental veraces. Lo problemático es la aceptación de los horizontes planteados por ellos. Al aceptar Ríos el esquema de la autosemblanza de Oviedo, acepta también sus limitaciones de subjetividad y en eso falla como historiador⁴⁸.

El resultado es el de la presentación detallada y abundosa de una figura épica y sin mácula que dedicó su vida al engrandecimiento moral y material de la España imperial, a la persecución de los indignos y a la exaltación de los merecedores en la historia del descubrimiento y colonización de las Indias. La manera como comienza el trabajo es reveladora a este respecto:

Entre los ingenios españoles que deben su educación y fama al glorioso reinado de los Reyes Católicos, merece sin duda lugar señalado Gonzalo Fernández de Oviedo, cuya vida activa, laboriosa, cuya acrisolada lealtad y generosa constancia están revelando el espíritu de aquella felicísima época... (“Vida y escritos...” ix).

El cronista se inscribe dentro de un mundo portentoso procurado por la “Providencia” para premiar los “nobles desvelos de la Reina Católica” y “la purísima fe de sus creencias” (x). La enaltecida magnificación mesiánica de España y de sus reyes compromete también al biografiado a través de la narración de sus hechos en un tono grandilocuente: “En esta edad y en esta corte nace, pues, se educa y florece Gonzalo

⁴⁸ “Necesario es confesar — nos dice Ríos en “Vida y escritos...” — que resalta en su narración [histórica de Oviedo] tanta naturalidad y sencillez, tanto candor y frescura, que no es posible dudar de la exactitud de lo que entonces niega o afirma” (civ, énfasis mío).

Fernández de Oviedo, quien animado de la más viva gratitud, consagra su vida entera a la memoria de aquellos soberanos y al servicio de sus descendientes" (xii).

En estas circunstancias Oviedo es un personaje ejemplar y excelente de España: "...es por tanto el más vivo reflejo de los instintos y de las esperanzas de aquella nación..." (xii), y un buen vástago que "guiado siempre de los saludables avisos que en la infancia había recibido, huyó cuidadosamente de *los malos y viciosos, procurando el trato de los buenos e ilustres* (xvii, énfasis de Ríos).

Este criterio histórico da lugar a muchas exageraciones e invenciones como la de un Oviedo artista a la altura de maestros italianos del Renacimiento⁴⁹; un Oviedo hijo de un partidario de la Beltraneja⁵⁰; un amiguísimo de monarcas y magnates⁵¹; y la de su muerte en España⁵². Todas estas imprecisiones estarán llamadas a perdurar en la biobibliografía de Oviedo hasta nuestros días a pesar de repetidas y oportunas correcciones de diligentes estudiosos.

La atención a Oviedo de parte de los críticos no españoles del siglo xix no es necesariamente tan generosa. Aunque ha tenido sus defensores, tienden a ser más y severos sus detractores. Críticos como los de la *Biographie Universelle*, Par Ternaux, Henry Harrise, entre otros, se adhieren a la tendencia libelista inaugurada por Las Casas; y Morel-Fatio, con su demolidora aproximación crítica, nos recuerda los ataques de un Hernando Colón por su detallismo y rigurosidad, aunque con un conocimiento parcial de la obra de Oviedo. Otros críticos

⁴⁹ "Su amor a la pintura le acercó a Vinci, Ticiano, Michael Angelo y Urbino, príncipes de aquella encantadora arte" (xvii).

⁵⁰ "Acaso por no despertar estos desagradables recuerdos, calló Gonzalo constantemente el parentesco que tenía con Juan de Oviedo, mostrándose por el contrario muy adicto a los Reyes Católicos" (xiii, nota núm. 5) .

⁵¹ Ríos nos lo presenta como confidente de secretos amorosos del príncipe don Juan (xvii), sirviente íntimo y fidedigno del rey Fadrique en Italia (xviii-xix), cortesano queridísimo por el Rey Fernando el Católico y el César, Carlos V.

⁵² Sobre la cual llega hasta imaginar las circunstancias: "Apenas impreso el expresado libro [el XX de su *Historia*] se vio asaltado de tan agudas fiebres que, postrando su cansada aunque vigorosa naturaleza, le acabaron en breves días..." (Lxxx).

como Humboldt, Irving, Prescott, no lo atacan, pero tampoco puede decirse que se adhieren a la tendencia panegirista inaugurada por el cronista como lo hicieron Ríos y Fuente.

En 1822 en que se publicó el tomo 31 de la *Biographie Universelle et Moderne* en París, Oviedo recibió un tipo de ataque no oído desde el siglo xvi. El artículo no es solamente una diatriba contra Oviedo sino contra los mismos indios americanos quienes aparecen como débiles, indolentes por naturaleza y enfermos de sífilis, enfermedad desconocida — aclaran los autores — en Europa.

Los errores se multiplican y desarrollan de manera inaudita. Aquí, Oviedo fue un distinguido soldado en las guerras de Nápoles (310) — nunca se ha probado tal cosa, por el contrario hay evidencia de su alejamiento constante de la acción militar —, y tales logros militares le valieron de parte de Fernando el Católico la recompensa de “directeur des mines d’or et d’argent de l’île d’Haiti” (310) — nunca tuvo tal cargo, sino el más modesto de “veedor” en Darién —. Se le presenta como un capataz recio y cruel que “traita plus derement que des betes de somme” a estos desgraciados indios quienes — según aclaran — no estaban acostumbrados al trabajo sino al ocio y los frutos fácilmente adquiridos en sus islas (310). Con estos detalles pasan a caracterizar la fama de Oviedo de manera lapidaria: “L’abominable tyrannie d’Oviedo envers ces insulaires” domina considerablemente su nombre a través de los siglos (310).

Hasta aquí, sin embargo, estos ataques son un eco de las diatribas de Las Casas. Los que siguen sobrepasan la virulencia del dominico y llegan a, lo que es peor, una reducción deplorable de la obra de Oviedo. Según dicen, Oviedo había adquirido la sífilis en Italia, en Nápoles, en 1513 — sabemos que Oviedo nunca volvió a Italia después de su regreso a España en 1502. Entonces supuso que su mal había sido adquirido en la Española y que, por consiguiente, dedujo que allí debía existir la cura contra esta enfermedad. Entonces, logró que se le diera un empleo en esta isla, y se pone a buscar el antídoto que felizmente encuentra en el palo del guayacán (311).

Pero la imaginación de los autores del artículo es más prolífica. Oviedo, según ellos, al regresar a España, utiliza el conocimiento curativo que adquirió contra la sífilis para aumentar considerablemente su fortuna, junto, por supuesto, con la explotación de los pobres indios⁵³. Según estos señores, la *Historia general* — la cual ellos parecen conocer sólo en la parte relativa a las islas caribeñas — ha sido una obra escrita simplemente para justificar las atrocidades cometidas contra los indios; también una forma de enriquecerse con su libro en ella sobre el guayacán y su propiedad curativa de la sífilis (véase sobre esta planta cap. II, lib. X, 2: 9-11).

Par Ternaux en los escasos datos que da sobre el cronista en 1837 repite algunos de los despropósitos de la *Biographie* como el de su dirección de las minas de Santo Domingo y, lo peor, la reducción de su *Historia* a una mera justificación de sus crueldades con los naturales (véase entrada núm. 35, 7-8).

Henry Harrise presenta una actitud híbrida. A pesar de que se adhiere explícitamente a la caracterización de Oviedo como “robador y matador de indios” hecha por Las Casas en la semblanza que da en 1886 en la *Bibliotheca Americana Vetusissima*, adquirió su información sobre la vida de Oviedo en el trabajo de Ríos, el cual exalta: “The extremely valuable introduction added by señor D. J. Amador de los Ríos to the late reprint of Oviedo’s chief work” (257). La adopción de la actitud libelista la hace mediante la citación de una ligera calificación de la obra de Oviedo hecha por el fraile dominico en su *Historia de las Indias* (y de la cual presenta su traducción al inglés en nota de pie de página para asegurar su divulgación):

Navarrete, Prescott and Ticknor have given an estimate of Oviedo’s works and character. The following, from Las Casas, is not without originality: “Puesto que a la historia de Oviedo llevana [*sic* por llevara]

⁵³ Ya en 1851 Amador de los Ríos había reaccionado contra estos abusos en nombre de la historia, y contra la irresponsable repetición de tales despropósitos por autores posteriores: “Lo que en realidad sucede, desgraciadamente, es que por ignorancia de unos y por interesadas miras de otros, se ha *calumniado* sin miramiento alguno al Veedor...” (“Vida y escritos...”, XLVII, nota núm. 11, énfasis de Ríos).

en la frente escrito como su autor había sido conquistador [*sic*], robador y matador de los indios, y haber echado en las minas gentes dellos, en las cuales perecieron; y enemigo cruel dellos como se dirá y el mismo la confiera, al menos entre los prudentes y cristianos enervos poco credito y auctoridad en historia tuviera" (257).

A pesar de la transmisión de este legado lascasista en la caracterización mostruosa de Oviedo, Harrise no es injusto en relación con la valoración de su obra. Sobre el *Sumario*, dice: "...but [is] a totally different work [from *Historia*] which may have served as a model for the useful compilations of Acosta, Nuremberg and Francisco Hernández" (257).

Alfred Morel-Fatio, por otro lado, presenta en su reseña-ensayo de la edición de Fuente una de las críticas más severas a la vida y obra memorialista de Oviedo pero sin la subjetividad exaltada de los libelos de tradición lascasiana. De cierta forma podríamos, como dijimos, comparar la crítica de Morel-Fatio con la de Hernando Colón en el siglo XVI, pero sin la motivación personalista de éste. Su severidad, sin embargo, llega al extremo de despojar al cronista de Indias de su calidad esencial, la de historiador, para reducirlo a escritor ameno y detallista de memorias interesantes. Semejante reducción divulga un limitado conocimiento de Morel-Fatio de la totalidad de su obra histórica, y ciertamente en su artículo no hay evidencias de una familiarización sólida ni con la *Historia general* ni con el *Sumario*, lo que explicaría el alcance del aserto⁶⁴.

⁶⁴ Este tipo de reducciones es posible encontrarlas en nuestra época. Otis Green, por ejemplo, en su *Spain and the Western Tradition* no sólo lo encuentra mal historiador sino carente de imaginación científica (convirtiendo así sus méritos en defectos). Al dar un juicio de valor sobre la obra americanista de Oviedo, Green generaliza su conclusión negativa sobre el *Sumario* para toda la *Historia*: "Oviedo obviously considered this exotic material to be important or, at least, interesting, yet he lacked scientific imagination. His account is descriptive, factual, and dry. Some of his chapters contain but a single sentence: on leopards, foxes, or on deer" (3:28).

Oviedo ha sido siempre vulnerable a los ataques en torno a su estilo prosaico y lo abundoso y disperso del material presentado, en la *Historia*. Sin embargo, la crítica de Green no se centra en estos elementos sino en lo que ha sido el principal mérito del *Sumario*: su concisión y su carácter de precursor de la etnografía y las ciencias naturales. Es obvio que Green no se tomó el trabajo de leer más que el *Sumario* para esta valoración de la obra americanista de Oviedo.

Morel-Fatio destaca en Oviedo su muy interesante vida en la que conoció a tantos e importantes personajes, lo cual, según dice, hizo de su trabajo memorialista una tarea inexcusable (180). En esta gran tarea, efectuada en las *Quinquagenas*, destaca el detallismo y la gran curiosidad. Pero manifiesta que Oviedo malgasta su empresa memorialista cuando pretende convertirse en historiador (180). Igualmente cuando pretende hacer de estos temas algo literario. Estas críticas han coincidido con las de otros estudiosos de esta obra, entre ellos Menéndez Pelayo (*Historia de la poesía...*, 289), Peña y Cámara (617-618), Antonello Gerbi (446) y Avalor-Arce (*Las memorias...*, 9-15). La diferencia de estos dos últimos es que las conclusiones a que llegan sobre las limitaciones de Oviedo como escritor — nunca tan severas como las de Morel-Fatio — se originan en un examen que incluye también su obra histórica y no solamente su obra memorialista.

De otra parte, la precisión sobre las características de las *Quinquagenas* no son desacertadas. Las compara con las obras genealógicas de Fernando del Pulgar y Fernán Pérez de Oliva, a quienes encuentra, a diferencia de Oviedo, como “*ecrivains veritables*” (180). Encuentra el interés de Oviedo en la genealogía, sin embargo, como una “*admiration infantine*” (180), privándolo así de uno de los más importantes aspectos de la obra del cronista; y en relación con la valoración de Fuente sobre la prosa de Oviedo, Morel-Fatio lo despoja también de su calidad como prosista. No cree, como Fuente, en el “*buen decir*” del cronista, pues para aquél no hay nada más enredado, enrevesado y a veces incorrecto que la prosa de Oviedo (185).

Cuando se trata, sin embargo, de dar una caracterización de la personalidad del cronista, Morel-Fatio recuerda la línea agresiva tan común ya en otros críticos del siglo XIX. Califica así al escritor de estos — para él — pesados volúmenes pseudo-históricos y pseudo-literarios, como un viejo chocho y pedante (186) cuya obra no valdría la pena a no ser por su información sobre la vida contemporánea de la España del siglo XVI. A pesar de la severidad de los juicios críticos sobre Oviedo, y a pesar de sus insultos y las generalizaciones anotadas, la crítica

de Morel-Fatio se destaca por su independencia de criterio en relación con las tendencias libelista y panegirista que prevalecían en los estudios de Oviedo en este siglo.

El siglo XIX tuvo también otras valoraciones más equilibradas y alejadas del legado lascasista u oviedista. William Prescott, por ejemplo, en su *History of the Reign of Ferdinand and Isabella* en 1893 desautoriza los ataques de Las Casas sobre la *Historia* de Oviedo en los siguientes términos:

Las Casas denounces the book as a whole fabrication, "as full of lies, almost, as pages". But Las Casas entertained too heartily an aversion for the man, whom he publicly accused of rapacity and cruelty, and was too decidedly opposed to his ideas on the government of the Indies, to be a fair critic" (3: 209-210).

Y en relación con su evaluación de su obra americanista: "Oviedo, though somewhat loose and rambling, possessed extensive store of information, by which those who have had occasion to follow in this track have liberally profited" (3: 210).

Alejandro Humboldt, quien pocas razones tenía para entrar en polémica sobre la semblanza de Oviedo, se limita a destacar los valores de su obra sobre América y a considerarlo como un buen naturalista y una fuente confiable de información. En su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* dice sobre la llegada del plátano a América (lib. IV, cap. IX):

En efecto, Oviedo, que en su *Historia Natural de las Indias* distingue cuidadosamente los vegetales indígenas de los que se han introducido, dice positivamente que un fraile de la orden de predicadores, Tomás de Berlanga, en 1516, plantó los primeros plátanos en la isla de Santo Domingo" (240-241).

EL OVIEDO DE LOS CRÍTICOS DEL SIGLO XX

El siglo XX le ha ofrecido una mayor atención al cronista de Indias la cual promete aumentarse con la aproximación del V centenario del descubrimiento de América. Por estos días de tendencia al re-examen de toda clase de obras y autores relacionados con este hecho histórico es posible que se escriba más sobre Oviedo y proliferen los problemas de su estudio que

hemos venido señalando. Estas circunstancias nos autorizan más en la persistencia en nuestro examen aquí.

Aunque ha habido algunos muy buenos, rigurosos e iluminadores estudios como los de Alberto Salas, Pérez de Tudela, Enrique Otte y Antonello Gerbi (véase bibliografía) la tendencia en la gran mayoría de los casos sigue siendo la de hacer eco de las actitudes panegiristas y libelistas inauguradas en el siglo xvi⁵⁵.

Varias aproximaciones han caracterizado los estudios de Oviedo entre las que destacamos tres: las de tipo biográfico e histórico en que se han desatado enconadas polémicas directa o indirectamente sobre él; las de divulgación de sus obras inéditas; y las de su incorporación a los temas literarios. La primera aproximación es la que más nos interesa aquí y de ella nos ocuparemos más adelante. Sobre las otras dos conviene agregar primero lo siguiente.

En el siglo xx se han editado más obras de Oviedo que en los anteriores. Además de las tres ediciones de la *Historia* ya mencionadas (las de Ríos, Pérez de Tudela y González), Julián Paz en su "Noticias de Madrid y de las familias madrileñas de su tiempo..." entregó en 1947 un fragmento inédito

⁵⁵ Vale la pena mencionar aquí, al hablar de libelos contra el cronista, la caracterización de él que hace el novelista Blasco Ibáñez en su novela de evocación histórica *A los pies de Venus* en 1929. Según Blasco, Gonzalo Fernández de Oviedo es un parásito desleal, envidioso y resentido que contribuyó a la difamación de la familia Borgia: "Los mismos españoles instalados en el país contribuían a ésta guerra desleal [la difamación]. Los Borgia no podían dar colocación a todos, y con una saña reconcentrada y envidiosa repetían las maledicencias de los noveleros italianos, agrandándolas. Uno de ellos, el capitán Fernández de Oviedo, que fue años después el historiador del Nuevo Mundo, acogió en Roma las más absurdas patrañas contra Alejandro y César, culpables en realidad de no haberlo empleado nunca" (Parte tercera, cap. III, 259).

Es la única mención que hay del cronista en esta entusiasta, patriótica y polemista versión de la historia de España en la Italia renacentista que se propone reivindicar la fama de los Borgia, su origen español, y la grandeza de la España de los Reyes Católicos además de alternarla con una aburridora historia de amor de un petimetre descendiente de los Borgia y una viuda rica argentina en el siglo xx.

Otra vez encontramos la figura de Oviedo tratada en función de las oposiciones diametrales con otros personajes enaltecidos. Es el mismo sistema que utilizarán los defensores de Las Casas, por ejemplo. No es una visión de Oviedo con base en el examen de su propia contribución, sino con base en el propósito panegirista de otros personajes.

para entonces de las *Quinquagenas*; Avalor-Arce hizo la también ya mencionada edición de su selección de las tres *Quinquagenas* titulada *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo* en 1974. En 1967 Jon V. Blake en su tesis doctoral transcribió el autógrafo del *Libro de la cámara real del Príncipe don Juan* "con cuidado y con buenas notas", según dice su director Avalor-Arce en "Oviedo a media luz" (143).

Avalor-Arce también hizo la única edición existente de *La respuesta a la epístola moral del Almirante* en 1975, dentro de un artículo titulado "Dos preocupados del siglo de Oro". Daymond Turner en su artículo "Gonzalo Fernández de Oviedo, prosista", en 1982 aseguró que Pérez de Tudela estaba trabajando en la edición de las *Batallas y quinquagenas*⁵⁶.

La atención a las obras de Oviedo desde el punto de vista literario ha tenido su florecimiento. Especialmente a partir de la divulgación del libro de caballerías *Don Claribalte* que hizo la Real Academia Española con su edición facsimilar en 1956. La obra ha recibido atención de Daymond Turner en 1964 con su artículo "Oviedo's *Claribalte*: the First American Novel"; de Avalor-Arce en 1974 con su "El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés"; de Cedomil Goic en "La novela hispanoamericana colonial" en 1982; de Stephanie Merrim, con "The Castle of Discourse: Fernández de Oviedo's *Don Claribalte*...", en el mismo año; y de Alberto del Río Noguerras, "El desvío del paradigma de género en el *Claribalte*..." en 1985, entre otros. Este último y el de Turner son contribuciones menores y algo dispersas. Las tres restantes son ingeniosas e iluminadoras.

Su *Historia general* ha comenzado a recibir atención también dentro del campo de la literatura. En 1983 José Juan Arrom en su artículo "Gonzalo Fernández de Oviedo, relator...", reproduce total y parcialmente tres relatos de la *Historia*, y en sus comentarios declara a Oviedo como "uno de los iniciadores de la narrativa hispanoamericana" (133). El artículo es una importante divulgación de estas narraciones que llama

⁵⁶ Para una detallada y actualizada noticia sobre las obras editadas e inéditas de nuestro autor véase "Oviedo a media luz" de Avalor-Arce.

la atención sobre el valor como narrador de Oviedo. Un cuidadoso análisis de los tres relatos (ojalá en el contexto de la obra de Oviedo y la historiografía de la época) está, sin embargo, por hacerse.

Existe otro importante artículo de Merrim sobre la *Historia*, "Un 'Mare magno e occulto'..." de 1984. Héctor Orjuela en "Orígenes de la literatura colombiana: Gonzalo Fernández de Oviedo", de 1985, con criterios meramente geográficos se empeña en encontrar el origen de la literatura colombiana en las relaciones de la *Historia* sobre la costa caribeña de Colombia. Un buen análisis de un relato de esta obra y sus arquetipos histórico-literarios lo presenta W. B. Ife en "Alexander in the New World..." en 1986.

Enrique Pupo-Walker, aunque no lo desarrolla, propone en su *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* el estudio del Oviedo cronista como autor de ficciones, en particular en la ridiculización que hace en la *Historia general* del fracaso de Las Casas en su experimento utópico de Cumaná. Pupo-Walker habla de "el margen de creatividad que facilita el ejercicio paródico en la labor historiográfica" (64).

El *Sumario* ha recibido atención últimamente en una exaltación entusiasta de J. G. Cobo Borda en su "El *Sumario* de Gonzalo Fernández de Oviedo" en 1986.

Sobre las polémicas de tipo histórico y biográfico al rededor de Oviedo pueden incluirse el trabajo de Peña y Cámara, entre los biográficos; entre los históricos, trabajos como los de Carbia y Caddeo que se convirtieron en verdadera polémica en 1936 y que, aunque versaron principalmente sobre la integridad de Las Casas como historiador, involucran a Oviedo y su reputación⁵⁷; y los trabajos de Enrique Otero D'Costa y los

⁵⁷ Rómulo Carbia entra en polémicas con Rinaldo Caddeo y Emiliano Jos principalmente. Carbia quiso demostrar que las dudas levantadas por Henry Vignaud en su *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb* (París, 1911) sobre la intención de Colón de llegar a las Indias tenían su explicación definitiva en falsificaciones de documentos históricos colombinos hechas por Las Casas con el fin de vengarse de Oviedo.

Emiliano Jos en su artículo "Supuestas falsificaciones del P. Las Casas..." ilustra la cuestión así: "[Henry Vignaud] pretende mostrar una negación y una

señores Porras Troconis y Pedro M. Revollo en 1983 sobre la fidelidad de Oviedo como historiador en relación con la fundación de Cartagena⁵⁸. Ambos debates demuestran un acercamiento poco ecuánime a la figura de Oviedo ya que el propósito no es estudiar su obra sino utilizar apartes de ella para la demostración amañada de una idea polemista.

Las aproximaciones libelistas más notorias siguen adhiriéndose a la perspectiva polemista de Las Casas, unas veces con su legado de escarnio y ridiculización de Oviedo — como el ensayo biográfico de Peña y Cámara —, y otras presentando un alineamiento decididamente político, y, de cierta forma,

afirmación. Negación: la flotilla almirantada por la Santa María no se proponía aportar a los dominios del gran Jan. Afirmación: quería únicamente descubrir ciertas islas que debían hallarse entre Asia y Europa... especialmente una, la Antilia... 'Aceptada la prueba de Vignaud —dice Carbia— restaba hallar una explicación convincente a los documentos colombinos que la contradecían'. Explicación que afirma haber encontrado al creerlos modificados por el padre Las Casas con el fin de vindicar el mérito del Almirante y desprestigiar al historiador F. de Oviedo, quien, en su *Historia*, escribió que las regiones descubiertas habían estado ya en poder de antiguos reyes de España" (218-219).

Para mayor elaboración de los sobre el tema véase también "El XXVI Congreso Internacional de Americanistas..." en que confronta de nuevo las tesis de Carbia con base en la discusión del congreso. Sobre la tesis de Carbia véanse su *La nueva historia del descubrimiento de América* (Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora "Coni", 1936) y sus furibundos artículos contra Caddeo: "Fernando Colón, el P. Las Casas, un señor Caddeo y yo", en *Nostros* 24, núm. 68 (1930): 59-73; "Fernández de Oviedo, Las Casas y el señor Caddeo", en *Nostros* 24, núm. 70 (1930): 90-95; "La historia del descubrimiento y los fraudes del P. Las Casas", en *Nostros* 25, núm. 72 (1931): 139-154.

También de Rinaldo Caddeo, "Polémica colombina", en *Le Opere e i Giorni*. (Genova) 9, núm. 7 (1930): 48-51; "Sobre Fernando Colón y el P. Las Casas", en *Nostros* 24 (1930): 107-111; ambos de gran virulencia contra Carbia.

⁵⁸ Según Otero la ciudad se fundó el primero de junio de 1533; según Porras y Revollo, el 20 de enero del mismo año. Otero se basa para su demostración en la *Historia* de Oviedo la cual considera "la más completa y más autorizada crónica general de los sucesos de los españoles en este Nuevo Mundo en las cuatro primeras décadas de su conquista" (1: 30). Porras y Revollo se basan en "el límpido [Juan de] Castellanos" (Otero 1: 131) cuya obra (*Elegía de varones*) consideran "por su orden y compostura [de] la más absoluta veracidad" (Otero 1: 139).

Tanto Oviedo para Otero como Castellanos para Porras y Revollo se convierten en autoridades indiscutibles, aunque es justo mencionar que Otero deja lugar a cierta factibilidad en Oviedo. En el caso de Porras y Revollo la aproximación a Oviedo es absolutamente impropcedente y reproduce la tendencia reduccionista del libelo. Para ellos Oviedo no es más que un historiador "menguado y tartamudo" (Otero 1: 139).

maniqueísta — como las de Lewis Hanke, Manuel Giménez Fernández y Venancio Carro, quienes se ocupan de la figura del primer cronista con una perspectiva limitante y, de cierta forma, prejuiciada: la comparación de las figuras Oviedo-Las Casas a la luz del concepto de la reivindicación del indígena americano lacerado por el maltrato de los partidarios de la encomienda; y la colocación de Oviedo y Las Casas en dos bandos opuestos e irreconciliables, el de los “malos” o enemigos de los indios — en el que colocan al cronista con figuras como Juan Ginés de Sepúlveda, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca y los encomenderos — y el bando de los “buenos” — en el que colocan a Las Casas, Montesinos, el cardenal Cisneros, etc. —.

EL LIBELO DE PEÑA Y CÁMARA

El artículo de José de la Peña y Cámara, “Contribuciones documentales y críticas para una biografía de Gonzalo Fernández de Oviedo”, se suma a los hitos marcados ya por el mismo Oviedo, Las Casas y Amador de los Ríos en la caracterización trascendente de la figura del primer cronista de Indias. Estos dos últimos basan su contribución en la investigación histórica; los dos primeros en el conocimiento directo de los hechos y el personaje en cuestión. Y si Ríos hizo de su amplio y detenido examen documental una “novela rosa-da”, Peña hizo, de su exhaustiva pesquisa de datos, la historia de un “vulgar escribano público” (Peña, 703) y un burócrata despreciable. Entre los dos estudios hay poco más de un siglo de distancia. Pero ésto no es óbice para que el desborde de pasiones panegiristas y libelistas del siglo XVI tenga su expresión en ellos.

El trabajo, según el mismo Peña, “no es artículo de centenario” (603), sino el producto de 20 años de investigación, “dicho sea sin menoscabo alguno de los tales” (603). Pero si no hay intención de menoscabo, sí hay intención de prevención contra el verdadero valor de ellos en las circunstancias concretas de la investigación y crítica sobre la vida de Oviedo. Más adelante, por ejemplo, nos dice:

En los últimos años viene mostrándose la preocupación por analizar monográficamente la ideología de Oviedo. No es infrecuente en los historiadores de las ideas que no tengan todo lo en cuenta que debieran a los hombres que las pensaron o que las repitieron, o las fingieron. El peligro es tremendo respecto a Oviedo, porque los tales historiadores han de ignorar su biografía real y, lo que es peor, corren gran peligro de ignorar la tal ignorancia, si toman por biografía el panegírico de Ríos (621).

El problema — que subsiste hoy peor que nunca — no podía estar expresado en mejores términos. Y aunque una de las razones justificadas para esta deficiencia de la crítica está en las dificultades de consulta de su obra total (muy extensas la mayoría, inéditas todavía otras, editadas dispersamente algunas y en edición facsímil al menos una), es necesario admitir que otra razón principal y no justificada es la ignorancia frente al debate sobre la bibliografía de Oviedo que ha sido prolífico en correcciones de sempiternos errores, y la ignorancia de su obra misma. Ante este problema Peña y Cámara propone su estrategia crítica:

Conozcamos primero la vida, al menos en rasgos esenciales, sólidamente establecidos del hombre y su circunstancia antes de pretender estudiar su ideología. Después en un segundo momento, el estudio de la ideología nos será preciso para completar nuestro conocimiento del hombre, o para comprobar o reforzar hipótesis o conjeturas (622).

Necesariamente no hay que ser un especialista cabal en la vida y obra de Oviedo — como Peña quiere sugerir con su propio ejemplo — para emitir un juicio sobre aspectos de su vida y obras. Pero sí es perentorio — por no decir obligatorio — que cada crítico, por ocasional que sea, conozca los adelantos en el desarrollo de la bibliografía de Oviedo para evitar la reproducción innecesaria de equivocaciones. En la precisión de este problema, más que en la dilucidación de aspectos “ocultos” de la biografía de Oviedo o en el simple desmantelamiento del panegírico de Ríos, encontramos el verdadero valor de este trabajo de Peña y Cámara.

La semblanza de este crítico está diseñada para lograr un propósito central: la destrucción de la versión dulcificada de Ríos sobre la vida del cronista. “Un hombre como Oviedo”, nos dice Peña y Cámara, “carecía absolutamente de biografía

y usurpaba su lugar un panegírico" (604). Pero lo que comenzó siendo uno de los más sólidos, documentados y saludablemente escépticos intentos de aclarar las numerosas dudas y lagunas en la semblanza de Oviedo, se convirtió pronto en un libelo de impronta lascasiana.

Su predisposición negativa contra su biografiado la deja notar desde el principio de su artículo cuando explica por qué al convencerse del carácter converso de Oviedo — condición que además implícitamente considera inferior —, decidió dedicar tantos años al estudio de su vida. La respuesta, al igual que sus conclusiones finales — como veremos —, es decepcionante:

... evidentemente, mi hombre era un converso. Tal conclusión se imponía y hace años ya que me vi en la necesidad de tomar por supuesta tal circunstancia como hipótesis de trabajo y para mis investigaciones y puedo dar fe de la gran utilidad que me ha rendido (604).

La "gran utilidad" no es tal si por ella ha de entenderse la demostración documental de su aserto. Peña y Cámara vio en las lagunas de la biografía de Oviedo un síntoma de su carácter judaizante pero nunca pudo probarlo. Por esta razón tiene que refugiarse hasta la saciedad en conjeturas y suposiciones a veces escandalosas. Los problemas de su proyecto llegó Peña a sospecharlos: "La evidencia plena, la prueba incontestable no abunda en estos casos", por lo cual recurre a la invocación de la fe para sostener su discusión: "mas el conjunto de indicios adquirido es tan fuerte como para producir no ya sospecha, sino convicción. En mí la han producido" (604). Pero su sospecha no se tradujo en una actitud más morigerada en sus asertos antiovetenses.

El sistema de "hipótesis o conjeturas" (624) autorizado por Peña y Cámara para su propio trabajo, y recomendado a los "monografistas" que critica, está basado en una lectura detenida del entorno histórico de Oviedo en sus años pre-americanos, así como de muchos documentos oficiales e históricos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, estos son documentos colaterales a la vida del cronista. La conjetura más importante, y que se queda sin demostración, es, como dijimos, la de la

ascendencia judía de Oviedo. Se basa para afirmarlo en el hecho de que se registran muchísimos conversos con el apellido Oviedo en la región de Asturias en donde el cronista tiene sus ancestros. También en el hecho de que esos conversos no solamente habían dominado los puestos burocráticos en la corte — lo cual le explica el que Gonzalito se convirtiera en mozo de cámara — sino también las plazas escribaniles, oficio que Peña y Cámara desprecia e identifica con conversos:

En resumen y con carácter conjetural en gran parte: el elenco de datos e indicios reunidos permite situar socialmente a la gens de Oviedo madrileña, a la que Gonzalo pertenecía — por su madre cuando menos —, al clan bien situado en oficios y en escribanías de Madrid, Toledo y otras ciudades cortesanas, y mejor introducido en la domesticidad y en la burocracia de la casa real de los últimos Trastámaras. Por su padre (clérigo?) — llevara éste o no tal apellido — pertenecía Gonzalo a la familia asturiana de Valdés y andaba relacionado con su rama de Zamora y Toro, pero también concejil y cortesana. Parece casi imposible que esta familia Oviedo estuviera limpia de raza (634).

Una segunda conjetura, la del carácter bastardo de Oviedo — la cual ya había insinuado Kathleen Romoli en 1953 (217) —, le sirve a Peña y Cámara no solamente para explicar el rotundo silencio de Oviedo sobre su padre en sus escritos, sino también — y quizás esto es lo peor del desliz de este crítico — el anticlericalismo del cronista en obras como la *Historia* y las *Quinquagenas*⁵⁹. Dice Peña y Cámara: “Sobre el asunto de la ilegitimidad se viene enseguida la sospecha de que fuese sacrílega, dada la constante, agria y enconada crítica contra los clérigos en que se complace Oviedo en todos sus escritos” (627, nota núm. 34). De ambas conjeturas dio cuenta ya Uría Rúa.

Pero antes de continuar, es necesario precisar la aportación de Uría Rúa a la biografía de Oviedo que hemos venido mencionando en relación con las aseveraciones de Peña y Cámara.

⁵⁹ No tiene en cuenta Peña y Cámara que el ataque a los clérigos que denigran de su profesión con sus desmanes terrenos era prácticamente un tópico de la prosa moralista y de ficción alentado por una influencia erasmista en el siglo xvi que incluye, por ejemplo, autores como los hermanos Valdés y el del *Lazarillo de Tormes*. Sobre este asunto véase *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo xvi*, de Marcel Bataillon.

En su artículo “Nuevos datos y consideraciones...” presenta un documento inédito que puso fin a la ya larga discusión sobre el origen de Oviedo y con el cual demuestra que su padre se llamaba Miguel de Sobrepeña y que no era converso. Explica Uría Ríu la naturaleza del documento:

Se trata de una real cédula contestando a una reclamación dirigida al Consejo del Reino, en la que el cronista dice que cuando el rey don Fernando le hizo merced del cargo de veedor de las Indias, ‘siendo de poca edad’, no pudo ir al principado de Asturias a cobrar la hacienda que había quedado de MIGUEL DE SOBREPEÑA, su padre, vecino de Borondes, en el consejo de grado... (15).

El documento continúa denunciando la usurpación de tal propiedad de parte de un tal Perálvarez y pide que se le haga a Oviedo justicia. El establecimiento de la identidad de Oviedo echa por tierra no sólo la tesis de Peña y Cámara sobre el origen judaizante del cronista, sino también la versión de que era hijo del beltranejista Juan de Oviedo, secretario de Enrique IV, propalada por Ríos, Pérez de Tudela, Miralles de Imperial y otros. Se desautoriza también el uso del caso del Oviedo-converso hecho por Américo Castro en *La realidad histórica de España*, obra en la que el cronista aparece como el mejor ejemplo del concepto amplio de la “españolidad”. Dice Castro: “El interés de Fernández de Oviedo en subrayar el ‘casticismo’ de los españoles es nuevo indicio de ser él cristiano nuevo” (67, nota núm. 5).

Explica también Uría Ríu que la razón del silencio del cronista frente a la identidad de su padre fue el que Miguel de Sobrepeña era un hidalgo pobretón, especialmente cuando se daba ínfulas con el lejano parentesco nobiliario de su madre. La demolición de la versión de Peña y Cámara sobre el asunto del converso la hace Uría Ríu en los siguientes términos:

Como se ve, ninguna de estas afirmaciones e insinuaciones tiene verdadera consistencia. Eran con toda seguridad, muchos más los escribanos que a finales del siglo xv carecían de antecedentes judaicos que los que los tenían [recuérdese que Peña y Cámara sugería que Oviedo tenía que ser converso pues este apellido era popular en escribanos de origen judío], particularmente en Asturias. No parece acertado el men-

cionar varios escribanos apellidados Oviedo, emparentándolos sin pruebas, para decir a continuación que eran una “familia que parecía casi imposible que estuviera limpia de raza” (26).

La importancia del documento y su revelación es capital para la comprensión de la personalidad de Oviedo, pero no ha recibido mayor atención ni siquiera de parte de prominentes especialistas.

Pero Peña y Cámara, en su ensoberbecimiento contra Oviedo, pasa también a ridiculizarlo e insultarlo, uniéndose así también al estilo lascasiano. Minimiza, entonces, sus logros y se burla de sus limitaciones. De esta manera Oviedo no solamente es un simulador y fariseo (695), una especie de pícaro de quien hace escarnio al sugerir un título para el relato de su vida: “Gonzalo mozo de muchos amos” (683) y un pobre diablo sin alcurnia alguna — su oficio de mozo de cámara “era de los últimos y más bajos entre los domésticos del príncipe” (639) —, sino también un ignorante que ni siquiera dominaba el español — con lo cual va más lejos que el padre Las Casas —:

Su mismo manejo de la lengua castellana es de muy distinta clase del que tenían personas doctas; sería interesando [sic] un estudio sobre la sintaxis de Oviedo y su comparación con la de los otros historiadores coetáneos como Pulgar o Pedro Mexía. Ni aun cuando se considere que los “versos” de sus *Quinquagenas* son producto de una senilidad [sic] declinante, es fácil admitir que tales engendros hayan podido ser obra de quien hubiera recibido de joven una formación en artes ni aun elemental (615, nota núm. 86).

Le recriminará también su poca cultura, su mala ortografía y sus confusiones semánticas. Oviedo fue ciertamente un autodidacto y su formación intelectual llegó a adquirirla hasta en situaciones precarias. Por eso no es extraño encontrar en sus obras ocasionales errores como los que trae a cuento Peña y Cámara (ver pág. 651, nota núm. 86). Pero sus debilidades de estilo, su mediano conocimiento del latín y sus limitaciones en las estructuras intelectuales de sus obras no obstan para encontrar en ellas un valor informativo y documental de gran utilidad para el historiador, y una celebración sólida y entusiasta del tema americano, el cual, como indicábamos, Oviedo

descubre y desarrolla para Europa. Pero Peña y Cámara no está interesado en encontrar valores en su biografiado. Su misma obra americanista aparece en su caracterización como una en la que no hay ese "candor, realismo, verismo, objetividad, naturalidad, etc., etc., etc., que tanto le celebran y aplauden tantos" (698)⁶⁰.

A pesar de esta diatriba contra Oviedo, infundada unas veces e injustificada otras, el trabajo de Peña y Cámara tiene sus aportes importantes en el desarrollo de la bibliografía ovetense. Fue precisamente él quien llamó la atención sobre los problemas y los peligros de una aproximación a la vida y obra de Oviedo como la de Amador de los Ríos. Y estableció dos clases de problemas en el trabajo de éste. Uno, sus "graves faltas de crítica interna" (609) en la elaboración del estudio biográfico por su confianza absoluta en la versión del propio Oviedo; y, dos, la mala edición de su *Historia* para la cual no hizo siquiera un cotejo de los distintos manuscritos existentes (607). Ambos problemas, para el año 1957 en que escribía Peña y Cámara, han venido reproduciéndose en los críticos posteriores quienes, en la mayoría de los casos, han considerado el trabajo de Ríos como "artículo de fe" (610)⁶¹.

⁶⁰ Vale la pena anotar un ejemplo más de la negativa predisposición de Peña y Cámara. Se trata de la interpretación apresurada de un documento de 1508 en el que ve un lío de faldas de Oviedo poco después de la muerte de su esposa Margarita. En tal documento, según Peña y Cámara, se le ordenaba a Oviedo que se casara con la criada de una señora amiga suya. "¡Indiscretísimo documento — exclama Peña y Cámara — es el único que tenemos sobre intimidades amorosas de nuestro protagonista, y nos muestra la vertiente opuesta a la que a él le gustó exhibir reiteradamente, hablándonos de su vocación conyugal, de su repugnancia a las relaciones matrimoniales [*sic*, creemos, por extra-matrimoniales], de su continencia con las indias y cantando su idilio con su bellísima Margarita, en recentísima viudez de la cual hubo de tener ese traspies con la criada de doña Leonor" (677).

Poco después, Pérez de Tudela en su "Vida y escritos...", con una lectura más atenta del mismo documento y una reorganización de la cronología de los hechos, desvirtúa la interpretación de Peña y Cámara y da otra completamente opuesta y más factible en la que la mujer con quien se casa es su propia esposa Margarita: "No se tratará de una reclamación de bienes después de verificado el matrimonio?" (XXXVI, nota núm. 97). Es este otro ejemplo del ánimo libelista y gratuito de Peña y Cámara.

⁶¹ Ejemplo de ese carácter fidedigno de que gozaba, y goza aún, el trabajo de Ríos se indica en la repetición constante de viejos errores biográficos. En cuanto a las secuelas de la mala edición de Ríos tenemos como ejemplos las reproducciones

LIBELOS DE OVIEDO
EN RAZÓN DE SU "ANTILASCASISMO"

La caracterización de Oviedo como enemigo de Las Casas y opositor a sus planes humanitarios y cristianos ha sido un legado lascasista repetido por muchos historiadores. Este legado implica la identificación del cronista con personajes directamente asociados con la justificación de la esclavitud del indio en favor de los encomenderos, como Juan Ginés de Sepúlveda. Implica también la reducción de la figura y obra de Oviedo a las definiciones hechas por el fraile en el siglo xvi.

Además de los autores más importantes adheridos a esta tendencia — Venancio Carro, Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández, de los que nos ocuparemos en breve — tenemos otro gran grupo entre los que destacamos individuos como M. G. Ticknor quien en el siglo pasado ya emparentaba a Oviedo con el antilascasismo de Sepúlveda: "Entre los principales opositores a sus miras benéficas, se cuenta a Sepúlveda, uno de los literatos y casuistas más distinguidos de su tiempo, y a Oviedo..." (124). Menéndez y Pelayo en sus *Estudios y discursos* indirectamente reafirmaba esta "confabulación" al presentar al humanista como divulgador de la obra del cronista: "[Sepúlveda] no hizo más que poner en buen latín, lo que había escrito Oviedo" (94-95).

Autores como Moses Bernard después de presentar a Sepúlveda como el jurista y teólogo opositor de las ideas de

totales hechas por Juan Pérez de Tudela y Natalicio González en sus respectivas ediciones de la *Historia*. Sobre éstos dice justamente Peña y Cámara: "...son acreedores a gravísimas censuras quienes, recientemente, han publicado ediciones de la *Historia general y natural de las Indias*, que no son sino meras reimpresiones de la edición del benemérito profesor, lucrándose con su trabajo, sin asomarse para nada a los manuscritos originales ni plantearse problema alguno" (608).

Más tarde en 1983, Daymond Turner, en su artículo "The Aborted First Printing of the Second Part of Oviedo's *General and Natural History*", amplía este problema de la edición de Ríos después de indicar en detalle la magnitud de las omisiones de esta edición de 1851-1855: "To sum up, this 'complete' edition lacks at least 51 chapters which Oviedo clearly intended to add" (121).

Por último, según Avalle-Arce, hasta 1980 en que ésto escribe, "se han vuelto a encontrar los originales autógrafos de Oviedo de los libros "IV, VI, VII, IX, XI, XXXII, y XXXVII", y en los cuales, según agrega, trabaja José Anadón ("Oviedo a media luz", 144). Seguimos a la espera.

Las Casas, dice: "A similar attitude was assumed by Gonzalo Fernández de Oviedo", y llega hasta aventurar una explicación psicológica para esta actitud del cronista en la cual su "education at the Spanish court, and... later service under appointment by the king naturally disposed him to justify the conduct of the government" (37).

Milton Waldman, en su *Americana. The Literature of American History*, habla de "his foes, particularly the historian Oviedo and Juan Ginés de Sepúlveda" (30), quienes acusaron al fraile de haber introducido la esclavitud de los negros a las Indias. Lewis Hanke, en su defensa de Las Casas, reafirma esta imagen de Oviedo al indicar en su *Bartolomé de Las Casas: Historian*: "Las Casas came to look upon Oviedo as one of the principal opponents and one of the most dangerous men in the Indies" (14-15). Afirmación de la que hacen eco críticos como Angel Losada en su *Bartolomé de Las Casas*: "Pero el peor enemigo que encontró Las Casas en su camino fue, sin duda, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo..." (144). Y aun recientemente autores como Stelio Cro dan por sentada esta identificación Oviedo-Sepúlveda al indicar en su "La correspondencia epistolar entre Bembo y Fernández de Oviedo..." que "mientras Bembo pertenece a la corriente 'edadorista', Oviedo, como Sepúlveda, se opone a la misma" (59).

La mayoría de estas caracterizaciones caen en la perspectiva limitante y prejuiciada inaugurada por Las Casas quien presenta a Oviedo como un monstruo genocida de indios con base en una lectura parcial de su obra y que involucra la aguda animadversión de aquél contra Oviedo. Ambas cosas finiquitan la objetividad del clérigo.

Además de estas limitaciones, su caracterización es producto también de la discusión político-ideológica expresada en el debate Las Casas-Sepúlveda, y que como tal, tendía a las definiciones extremadas de los temas en cuestión. Así Las Casas presentó a sus indios como seres angelicales y a los encomenderos y conquistadores como lobos; mientras que Sepúlveda

presentó a los indios como seres estópidos e inferiores dignos de la esclavización⁶².

Esta perspectiva parcial podría justificarse un tanto en Las Casas mas no en autores posteriores — especialmente aquellos que ya contaban con la edición total de la *Historia* de Oviedo a partir de 1851-1855—. Tiene además el problema de que supone un examen que no tiene en cuenta los innumerables pasajes en que Oviedo no sólo defiende al indio sino que ataca a los españoles por su crueldad.

Aunque Oviedo indudablemente expresó opiniones contraproducentes para las argumentaciones indigenistas en el siglo XVI⁶³, son más frecuentes aquéllas en las que lo defiende, especialmente en los libros en que se refiere a los indígenas del continente. El libro XVII (capítulos XXI a XXVIII) dedicado a la expedición de Hernando de Soto, y presente en las ediciones de 1535 y 1547, es un ejemplo. Sin embargo sus detractores,

⁶² Dice Juan Ginés de Sepúlveda en su *Democrates segundo* tratando de invalidar las instituciones civiles de los indios traídas a cuento por Las Casas para su defensa: "Pero mira cómo se engañan y cuánto disiento yo de su opinión, viendo, al contrario, en estas instituciones una prueba de la barbarie, rudeza e innata servidumbre de esos hombres. Porque el hecho de tener casas y algún modo racional de vida y alguna forma de comercio, es cosa a la que la misma necesidad natural induce y sólo sirve para probar que no son osos ni monos y que no carecen totalmente de razón" (36).

⁶³ Además de las opiniones de Oviedo sobre los indios que expuse antes, observemos las siguientes que han debido escandalizar tal mojigato y moralista auditorio que las leía. En el *Sumario* dice sobre las mujeres indias: "Tienen muchas dellas por costumbre que cuando se empuñan toman una yerba con que luego mueven y lanzan la preñez, porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas por dejar sus placeres, ni empuñarse, para que pariendo se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian, y las tienen muy buenas" (Cap. X, "De los indios de Tierra Firme y de sus costumbres y ritos y ceremonias", 122).

Y en la *Historia general* en 1535 generaliza sobre los aborígenes: "...en la verdad, esta gente destos indios a natura es ingrata y de malas inclinaciones e obras; e por ningún bien que se les haga, dura en ellos la memoria ni voluntad para agradecerlo" (lib. XVI, cap. III, 2: 91).

Es fácil imaginar, entonces, la reacción negativa de los moralistas españoles ante un carácter y una conducta a las claras — para ellos — licenciosos, para no mencionar la idolatría y la sodomía que también los llevaron a catalogar a los indígenas como sub-humanos. Individuos como Juan Ginés de Sepúlveda habrían de hacer un certero uso de estos datos en sus argumentaciones contra las tesis indigenistas de Las Casas.

empezando con el mismo Las Casas, no estaban interesados en señalar ese capítulo. Los otros libros — entre los que destacamos el XXXIII dedicado a la Nueva España — no se llegaron a publicar en el siglo XVI, como indicábamos. Sus opiniones favorables, de todas maneras, no pudieron contrarrestar las más controversiales y llamativas ya asimiladas por la mayoría de los lectores del *Sumario* y la primera parte de la *Historia*.

Pocos han sido los autores que han tenido el interés de observar la actitud de Oviedo para con los indios con base en un examen de su obra total de Indias⁶⁴. El Oviedo defensor de los Indios es obvio para quien mire su obra americanista con objetividad⁶⁵. Alberto Salas en “Fernández de Oviedo, crítico de la conquista y de los conquistadores” y en *Tres cronistas de Indias* destaca la condena que se le hace del maltrato de los indios y pondera la gran atención que le da a la descripción objetiva de sus costumbres, méritos y defectos. Según su opinión

... el indígena americano es un personaje importante dentro de la obra de Oviedo, tan importante que por momentos, y con respecto a algunas de las regiones que considera, se convierte en un verdadero protagonista (*Tres cronistas*, 118).

⁶⁴ Pérez de Tudela reconocía en 1957 que “la *Historia* es demasiado voluminosa para que haya contado con muchos estudiosos que la lean entera y atentamente” (“Rasgos del semblante...”, 430). Antonello Gerbi en 1975 compartía esa queja: “Otros eruditos (Barros, Arana, Jiménez de la Espada y Vignaud entre ellos) e historiadores de la literatura esparcen sobre Oviedo elogios apresurados y genéricos, o le hacen la limosna de la noticia biobibliográfica de cajón, sin estudiarlo y valorarlo realmente” (*La naturaleza*, 157).

⁶⁵ Para muestra un botón. En el libro XVII, cap. XXIV en que presenta la fracasada expedición de De Soto, Oviedo llega a desaprob completamente la asolación de la tierra en manos de los codiciosos españoles y a exaltar la autodefensa que hacen los indios. Narrando un vergonzoso suceso para De Soto en el cual éste es abofeteado por un indio en presencia de sus soldados, el cronista ridiculiza al español y exalta al indígena: “...y andando entre ellos el gobernador [De Soto] para conocer los caciques, animándolos para los traer a paz e concordia, y haciéndolos desatar porque fuesen mejor tractados que los otros indios comunes, un cacique de aquellos, así como lo desataron, estando el gobernador a par del, alzó el brazo e dio al gobernador tan grand bofetada, que le bañó los dientes en sangre e le hizo escupir mucha...” (161). Esta bofetada les valió la muerte: “...por lo cual éste [De Soto] y los otros los ataron a sendos palos e fueron asaeteados” (161). La exaltación explícita de estos caciques indios viene después cuando concluye: “...otros indios hicieron otras hazañas muchas que no se podrían acabar de escribir” (161).

Esta detenida atención se revierte en una observación sistemática que inaugura la disciplina etnográfica en América. Como ejemplo véase el libro XLII de la *Historia* “que tracta de la gobernación del reino e provincia de Nicaragua e sus anejos” (4: 363).

Josefina Zoraida Vázquez en *El indio americano y su circunstancia en la obra de Oviedo*, explica que Oviedo no era el enemigo de los indios destacado por Las Casas y que sus opiniones rebajadas de éstos eran una “resultante natural de su pensamiento y de las ideas de su tiempo” (484). Pérez de Tudela en su artículo “Rasgos del semblante espiritual...”, no solamente reconoce la defensa que hace Oviedo del indio sino que sugiere que la razón está en el éxito mismo de la cruzada de Las Casas (431). Antonello Gerbi, quien también está de acuerdo con la positiva actitud de Oviedo hacia los indios, explica la situación en términos más concretos por su...

... instintiva e intermitente humanidad respecto a los indios, que no es caridad ni amor, sino norma de conducta racional, dictada por la conveniencia del servicio del Rey así como por las obligaciones que tiene el cristiano para con el prójimo (165).

Son más los que se han satisfecho con la imagen terrible ya acuñada e inmortalizada por Las Casas y quienes difícilmente aceptan que, aunque con concepciones del mundo distintas, algunas manifestaciones de Oviedo sobre el tratamiento de los indios llegan a ser muy parecidas a las del mismo Las Casas. Por ejemplo, en el libro XXIX, cap. XXXIV de la *Historia* dedicado a Castilla del Oro, Oviedo ataca al cruel e inicuo gobernante Pedrarias, y lo acusa, entre otras cosas de exterminador de indios:

Ni han tenido más largas jornadas que caminar dos millones de indios que, desde el año mill e quinientos e catorce que llegó Pedrarias a la Tierra Firme, hasta que él murió, en espacio de diez y seis años e algunos meses, son muertos en aquellas tierras, sin que se les diese a entender aquel requerimiento que el Rey Católico les mandó hacer antes de les romper la guerra. E no creo que me alargó en la suma de los dos millones que he dicho, si se cuentan, sin los muertos, los indios que se sacaron de aquella gobernación e de Castilla del Oro e de la de Nicaragua, en el tiempo que he dicho, para los llevar por esclavos a otras partes (3: 353).

En esta denuncia, si se mira sin ninguna predisposición lascasista, son obvias las similitudes con el dominico. En ella no sólo existe la exposición de las atrocidades en una obra de amplia divulgación y reputación como la *Historia general*⁶⁶ sino el mismo tono hiperbólico y de indignación ante la injusticia. Más aún, es posible ver que esta protesta no se queda en el simple plano de la narración de hechos impactantes, sino que se eleva a la categoría de una convicción de la defensa de los maltratados aborígenes en lo cual, también, se asemeja a Las Casas. De esta manera, Oviedo cree que es su obligación hablar de las tribulaciones de los indios en manos de los españoles (Lib. XXIX, cap. XXXIV): "... e que no mereciera perdón mi ánima si tales cosas callase, e que están muchas provincias assoladas e yermas en estas partes, e que no puede haber disimulación tan terrible y espantoso daño" (3: 354).

Entre las aproximaciones modernas más críticas a la figura de Oviedo con la perspectiva lascasista habíamos indicado ya los trabajos de Carro, Hanke y Giménez Fernández. Son todos ejemplo de las aportaciones críticas más rigurosas y sólidas en lo que tienen de valoración de la obra americanista del fraile dominico en defensa del indígena. Pero, en relación con la semblanza ovetense con que terminan, estos trabajos revelan el apresuramiento propio de los lascasófilos: analizan su figura al calor del debate Las Casas-Sepúlveda y definen su posición frente al indio con consideraciones parciales de su obra.

La monumental obra de Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de Las Casas*, es hasta ahora el trabajo más importante sobre el fraile dominico. Destaca el inicio de su lucha en favor de los indígenas y su oposición a sus detractores en España durante la transición del reinado de Fernando el Católico a la Casa de Austria. Trata con excesivo entusiasmo y

⁶⁶ Sabemos bien que en vida de Oviedo y del mismo Las Casas no se llegó a publicar este libro XXIX, y por consiguiente esta denuncia de este libro en particular no fue conocida, como sí lo fueron las opiniones poco halagadoras del indio en el *Sumario* y en la primera parte de la *Historia* publicada en 1535 y 1547. Pero esta contingencia — la de la imposibilidad de publicar su obra total — no pudo ser anticipada por el Oviedo ya simpatizante del indígena y, por consiguiente, escribía estas denuncias con la seguridad de que iban a ser tan divulgadas como sus opiniones iniciales.

admiración la figura de Las Casas quien "...es, no sólo el jurista que con más limpio corazón enfocó en su tiempo los correspondientes problemas planteados en Indias tanto canónicos como civiles, sino el historiador más digno de fe" (1: XI-XII)⁶⁷.

Tal caracterización contrasta con el desprecio de sus contradictores y su reducción a la calidad de camarilla antilascasista. Entre ellos está Oviedo quien aparece catalogado, entre muchas cosas, como "imperialista" y como agente inescrupuloso y representante típico de la "corrupción fernandina" (2: 39). Su semblanza está unida, en este caso, a la desprestigiada figura de Lope Conchillos, administrador codicioso del Rey católico para los negocios de Indias. "Se reservó [Conchillos] (9-VIII-1513) las funciones de escribanía y fundición de oro

⁶⁷ Esta limpieza de corazón de Las Casas ha sido puesta en cuestión muchas veces. Américo Castro en su *Fray Bartolomé de Las Casas*, llama la atención sobre la estrategia escamoteadora de informaciones negativas que no le sirven en su tesis apologista, y en la cual "la causa inmensa que el clérigo hace suya [la defensa de los aborígenes], además de su bienhechora finalidad, aparece cargada de otras dos: servir de pedestal al monumento que Las Casas se erige a sí mismo, y de frente de ataque contra conjuntos humanos, tan vastos como indefinidos... Para Las Casas todo lo indígena es admirable y reverenciado, y todo lo español es detestable" (10-11).

Leonardo Olschki en "What Columbus Saw on Landing in the West Indies" piensa que "If we remember that the exploitation of the natural wealth of the West Indies became soon after an important aim of his [de Colón] voyage, and that the search for gold obsessed him as a fixed idea, we may perhaps suppose that Bartolomé de Las Casas, the apostle and protector of the Indians, extracted from Columbus's *Journal* those passages which specially concerned the natives reducing, in his abstract of the same *Journal*, the records devoted to nautical or natural subjects" (641). Todo esto con el propósito de presentar a un Almirante más acorde con su tesis indigenista. Más adelante en su artículo Olschki, sin embargo, se inclina a la justificación de la poda del clérigo: "Nothing essential has been left out in the latter's précis [del *Diario*]" (650).

Antonello Gerbi, en su *La naturaleza de las Indias nuevas*, está de acuerdo con esto: "A su vez, ese motivo de la mansa debilidad de los indígenas se acomodaba tan perfectamente con las tesis humanitarias de Las Casas, que éste, al transcribir el *Diario* del Almirante, ciertamente no omitió nada que pudiera atenuarlo. Es incluso verosímil que haya desdeñado o resumido pasajes que desde su punto de vista no eran muy pertinentes o que le parecían secundarios para el doble fin que se proponía, de exaltar la memoria de Colón y de proteger a las poblaciones indígenas" (28).

Estos ejemplos son bastante dicentes, para no tener que recurrir a prejuiciados ataques al clérigo como el que hizo Ramón Menéndez Pidal en su *El padre Las Casas. Su doble personalidad*, en el que reduce al clérigo a un desequilibrado e hiperbólico difamador.

en Tierra Firme, que ejercía como teniente su protegido y hechura el historiador imperialista Gonzalo Fernández de Oviedo" (1: 14).

La semblanza biográfica que nos da Giménez en su obra es uno de los ataques más violentos en el siglo xx, ejemplo de la influencia libelista de Las Casas en la que se recoge la versión de Peña y Cámara. Aquí Oviedo es simplemente un "enemigo" de Las Casas (actitud reprobable en sí misma, según Giménez), un acomodaticio y oportunista burócrata⁶⁸, un converso manipulado por Conchillos⁶⁹, y un tipo enredado en líos de faldas⁷⁰, cuya actividad en España y América se reduce exclusivamente a las maquinaciones en contra de Las Casas y a favor de los inescrupulosos partidarios de la encomienda. Esta reducción drástica e injusta nos presenta a un Oviedo pusilánime, sin iniciativa personal, que pierde su tiempo cuando no lo puede ocupar en las tareas delegadas por otros:

Muerto Fernando V, Conchillos y Fonseca, preocupados por la desconfianza que les mostraba Cisneros, lo enviaron a Flandes pero su naufragio en las islas de Frisia (VII-1516), malogró la urgencia de las gestiones que le habían encargado, y a su regreso permaneció dos años probablemente en Madrid vegetando en la oscuridad (2: 296).

No tiene en cuenta Giménez Fernández, por ejemplo, que en estos llamados años de vegetación en la oscuridad, Oviedo estuvo trabajando en varias cosas, entre ellas, las gestiones ante

⁶⁸ "...el pseudo Capitán y efectivo escribano Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, tal vez el más perjudicial para Casas de cuantos enemigos tuviera en su vida, cuyo nombre posteriormente ha sido arbolado como pendón de combate contra éste, oponiendo a la dura verdad de Casas, las adulaciones acomodaticias que Oviedo sabía prodigar en su provecho" (1: 295).

⁶⁹ "Hijo al parecer de un silenciado Valdés, y cierto de Juana de Oviedo, pertenecía por ésta a un linaje de escribanos conversos y era primo del Juan de Oviedo, oficial y escribiente mayor de Lope Conchillos, bajo cuyos sucios auspicios se introdujo en la burocracia indiana" (2: 296).

⁷⁰ Como habíamos indicado ya, fue Peña y Cámara quien imaginó este suceso del lío de faldas del cronista. Pero para el ánimo libelista de Giménez Fernández, el dato debe aprovecharse en contra de Oviedo: "...se enredó en Madrid en líos ante la jurisdicción eclesiástica de los que sólo pudo salir gracias a Lope Conchillos y al compinche de éste y favorito de Fernando V, el minúsculo y aprovechado Consejero Luis Zapata, y tuvo a poco un hijo natural (1510), contrayendo después segundas nupcias con Isabel de Aguilar" (2: 296).

el Consejo de Indias para la deposición del Gobernador del Darién, Pedrarias, y el nombramiento de su reemplazo Lope de Sosa; la redacción y publicación de su libro de caballerías *Don Claribalte* (que terminó de escribir en España) y su proyecto de colonización materializado en la adjudicación de la gobernación de Cartagena.

Venancio Carro en su *España en América... sin leyendas...*, también elabora la imagen denigrada de Oviedo en el contexto de enaltecimiento de la figura de Las Casas. En este libro se propone reevaluar la obra de España en América a través del estudio de su contribución al derecho de gentes, la defensa de los indios y las polémicas sobre la defensa de éstos que dieron un contenido distinto a la conquista española de las Américas. Le presta atención especial al padre Vitoria, a Fray Bartolomé de Las Casas y su polémica con los encomenderos.

Su semblanza de Oviedo es hija de la visión de Giménez Fernández — cuya obra exalta⁷¹. Es decir, divide a los españoles en dos bandos. El de los defensores de los indios (Las Casas, Cisneros, etc.), y los encomenderos (“los Fonseca, Conchillos y compañía” [101] — es decir Oviedo)⁷²; entre los defensores

⁷¹ “Quien lea su [de Giménez Fernández] monumental obra advertirá pronto cómo, a través de los *nuevos* documentos, los equivocados son los Serrano y Sanz y Compañía, que no desaprovechan una ocasión para censurar a Las Casas, en cuanto historiador, y bajo todos los aspectos” (2: 190).

⁷² “No se olvide que algunos cortesanos, con cargos de responsabilidad en la península, participaban, más o menos secretamente, en los negocios de Indias. Al oponerse, por lo tanto, a los planes de libertad, defendidos por los dominicos y ahora por Las Casas, Cisneros y demás personalidades, que se constituyen en portestandartes de la nueva ideología cristiana y española, no hacían más que defender sus intereses particulares, como los defienden historiadores de la talla de Fernández de Oviedo, que también tenía encomiendas, con sus indios correspondientes” (2: 102).

Oviedo tenía indios esclavos — como los tenían la mayoría de los españoles en Indias, entre ellos el joven Las Casas — con los cuales comerció y, al menos en una oportunidad, ilegalmente (ver Otte “Documentos inéditos sobre la estancia de Gonzalo Fernández de Oviedo en Nicaragua”, especialmente págs. 638 y siguientes). De lo que no hay evidencia es de que haya tenido encomiendas. Pero la imprecisión está aquí al servicio de la argumentación de Carro.

Antonio Ballesteros Beretta había aclarado la cuestión de identificar a Oviedo con un encomendero en 1945: “Había un abismo entre los dos conceptos [sobre las Indias] de Las Casas y lo escrito por Oviedo; pero ello no autorizaba a confundirlo con los encomenderos y considerarlo cómplice de los malos gobernadores a quienes el cronista condenaba de palabra y por escrito, y contra los cuales combatió toda su vida” (*Cristóbal Colón*, 31).

de la verdad histórica —afectos al fraile—, y los “falsarios y calumniadores” (188). Su libro declara su pretensión de destruir la separación hecha frecuentemente, y por ambos bandos lascasistas y antilascasistas, entre Las Casas y España, lo cual, hasta allí es un interesante aporte. Pero cuando sugiere que, con base en la alta dignidad humanitaria de la obra de Las Casas, las obras de los demás cronistas no valen mucho, su intento pasa a una crítica subjetiva e injusta con la disciplina de la ciencia histórica y, ante todo, demuestra, en el caso particular de Oviedo, la falta de un examen detallado de la obra de este. La exaltación de Las Casas no puede hacerse, entonces, sino a expensas de la denigración de sus contradictores. La siguiente es una cita que hace Carro de lo dicho antes por L. Hanke:

*La comparación de Las Casas con otros importantes historiadores de su tiempo, es lo que mejor nos ayudará a comprender las ventajas que tuvo sobre ellos. Bernal Díaz, el soldado de infantería de Cortés, cuya Historia verdadera de la conquista de la Nueva España constituye una de las obras clásicas de América, la basó principalmente en sus propios recuerdos. Francisco López de Gómara nunca vio América y se confió mayormente a los documentos de Cortés. Gonzalo Fernández de Oviedo usó, al mismo tiempo, sus documentos y su propia experiencia allende los mares; pero su obra fue inferior a la de Las Casas en ambos aspectos (192, subrayado de Carro)*⁷³.

Lewis Hanke también cae en la actitud maniqueísta de atacar a Oviedo para exaltar a Las Casas. Para este crítico la presencia negativa del cronista es tan importante que puede definir la escritura de la *Historia de las Indias* del fraile como una reacción directa ante su primera publicación americanista, el *Sumario*. Recuérdese que en 1527 Las Casas inicia su *Historia*:

The spark which set Las Casas afire with the determination to record what he felt to be the true history may have been the publication, at Toledo in 1526, of a *Sumario de la natural historia de las Indias* by the royal official Gonzalo Fernández de Oviedo (*Bartolomé de Las Casas*, 14).

⁷³ La cita de Hanke la obtuvo Carro de: “Bartolomé de Las Casas, historiador”, en *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de Las Casas. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1965, págs. LXVIII-LXIX. Al igual que en el caso de Oviedo, las críticas insustanciales referentes a la inferioridad de la obra de Bernal y Gómara no dan cuenta de un examen ni cabal ni morigerado de sus respectivas obras.

Y más adelante Hanke reafirma el aserto: "But what must have alarmed Las Casas was the reference in the *Sumario* to a much larger general history which Oviedo reported had left in manuscript form at home in Hispaniola" (16). El immaculado Las Casas se enfrenta, entonces, con la tarea de refutar a un partidario de los inicuos encomenderos, según lo presenta Hanke quien comparte con el fraile una de las caracterizaciones ya clásicas del primer cronista: "If this callous administrator, more concerned with profit than for the welfare of the Indians, should print his version of the history of Spain in America, the whole world would be atray, in the opinion of Las Casas" (16)⁷⁴.

Los trabajos de Giménez Fernández, Venancio Carro y Lewis Hanke, según hemos visto, a pesar de su gran contribución crítica al estudio de la obra española en América, son incapaces de presentar una visión objetiva, morigerada e integral del primer cronista de Indias precisamente por la adopción que hacen del sistema lascasista en la explicación de sus relaciones con él. En tal sistema —explicable en el caso del dominico, reprochable en el de críticos contemporáneos— es necesario el examen parcial de la obra de Oviedo. Sólo así es posible terminar con una imagen monstruosa de este cronista.

CONCLUSIÓN

La semblanza del primer cronista de Indias, así como la valoración de su obra —especialmente la americanista— ha estado, entonces, gobernada por los excesos interpretativos del panegírico ovetense y el libelo lascasista. Las respectivas elaboraciones de ambas tendencias por parte de críticos como Amador de los Ríos y José de la Peña y Cámara ayudaron al establecimiento de estas semblanzas extremadas en la época moderna. En cada caso es visible una aproximación prejuzgada y parcial a la obra del cronista y a su bibliografía.

⁷⁴ Y más adelante Hanke es más explícito en la definición de la actitud y obra americanista de Oviedo en relación con la cruzada humanitaria de Las Casas: "This harsh attitude by an officer representing the crown was the very negation of everything Las Casas stood for and would make impossible the achievement of his dream of a Christian commonwealth in America, in which the Indians would play a leading and responsible part as full citizens" (16).

Las interpretaciones de la semblanza de Oviedo realizada por él mismo y por Las Casas fueron necesarias e inevitables dadas las específicas discusiones que cada hombre adelantaba en la primera mitad del siglo xvi. Pero el Oviedo intachable del primer cronista y Amador de los Ríos, así como el Oviedo monstruo del defensor de los indios americanos, Peña y Cámara, Giménez Fernández, Hanke y Carro descansan sobre perspectivas históricas que no satisfacen las exigencias de la crítica moderna. La tendencia de muchos otros críticos hoy en día a la reproducción de estos excesos en la interpretación de la "recia personalidad" (como dice AVALLE-ARCE) y la obra americanista de Oviedo son un obstáculo para la justa comprensión de su valor histórico, literario y testimonial.

ÁLVARO FÉLIX BOLAÑOS

Tulane University.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, ÁNGEL, *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de la Intendencia e Intervención Militares, 1914.
- ÁLVAREZ BAENA, JOSÉ ANTONIO, *Hijos de Madrid*. (Facsímil de la edición de 1789), 4 vols., Madrid, Ediciones Atlas, 1973.
- ÁLVAREZ LÓPEZ, ENRIQUE, ed., *Sumario de la natural historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, Editorial Summa, 1942.
- , "La historia natural de Fernández de Oviedo" en *Revista de Indias* 17.69-70 (1957): 541-601.
- ARRANZ, LUIS, "Introducción", *Historia del almirante* de Hernando Colón, Madrid, Historia 16, 1984.
- ARROM, JOSÉ JUAN, "Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios", en *Ideologies and Literature* 17 (1983): 133-44.
- AVALLE-ARCE, JUAN BAUTISTA, *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, 2 vols., Chapel Hill, North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 1974.

- , “Introducción, vida y obra de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Sumario de la natural historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, Salamanca, Biblioteca Anaya, 1963.
- , “Oviedo a media luz”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica* 29 (1980): 138-51.
- , “Dos preocupados del Siglo de Oro”, en *Anuario de Letras* (México), 13 (1975): 113-63.
- , “El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”, en *Estudios de literatura hispanoamericana en honor de José Juan Arrom*, eds. Andrew Debicki y Enrique Pupo-Walker, Chapel Hill, University of North Carolina, 1974: 23-35.
- BALLESTEROS, MANUEL, *Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.
- BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Barcelona-Buenos Aires, Salvat Editores, S. A., 1945.
- BATAILLON, MARCEL, *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Madrid, Ediciones Península, 1976.
- , “Historiografía oficial de Colón: de Pedro Mártir a Oviedo y Gómara”, en *Imago Mundi* 1.5 (1954): 23-39.
- , *Erasmus y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Biographie Universelle Ancienne et Moderne*, vol. 31, París, L. G. Michaud, Libraire-Editeur, 1822.
- CARBIA, RÓMULO, *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*. Buenos Aires, Ediciones Orientación Española, 1943.
- CARRO, VENANCIO, *España en América... sin leyendas...* Madrid, Librería OPE, 1963.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS, *Historia de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- CASTIGLIONE, BALTASAR, *El cortesano*, Madrid, Revista de Filología Española, 1942.
- CASTRO, AMÉRICO, *La realidad histórica de España*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1966.
- , *Fray Bartolomé de Las Casas*, París, Centre de Recherches de L'Institut D'Etudes Hispaniques, 1965.
- COBO BORDA, JUAN GUSTAVO, “El Sumario de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Cuadernos Hispanoamericanos* 428 (1986): 63-77.
- COLÓN, HERNANDO, *Historia del almirante*, ed. Luis Arranz, Madrid, Historia 16, 1984.
- CRO, STELIO, “La correspondencia epistolar entre el cardenal Bembo y Fernández de Oviedo: implicaciones históricas”, en *América y la España del siglo XVI*, vol. I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982: 53-64.

- ESTEVE BARBA, FRANCISCO, *Historiografía Indiana*, Madrid, Editorial Gredos, 1964.
- FUENTE, VICENTE DE LA, "Advertencia preliminar acerca de las Quinquagenas del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Las quinquagenas de la nobleza de España*, vol. I, Madrid, Real Academia de la Historia, Imprenta y Fundación de Manuel Tello, 1980: v-xxxvi.
- GERBI, ANTONELLO, *La naturaleza de las Indias nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, MANUEL, *Bartolomé de Las Casas*, 2 vols., Sevilla, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, 1960.
- GOIC, CEDOMIL, "La novela hispanoamericana colonial", en *Historia de la literatura colonial. Época colonial*, ed. Luis Íñigo Madrigal, vol 1, Madrid, Editorial Cátedra, 1982: 369-402.
- GONZÁLEZ, NATALICIO J., "Prólogo", en *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, vol 1. Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-45: 5-18.
- GREEN, OTIS, *Spain and the Western Tradition*, 3 vols., Madison, The University of Wisconsin Press, 1968.
- HANKE, LEWIS, *Bartolomé de Las Casas, Historian. An Essay in Spanish Historiography*, Gainesville, University of Florida Press, 1952.
- , "Bartolomé de Las Casas, historiador", en *Historia de las Indias* de Bartolomé de Las Casas, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- HARRISE, HENRY, *Bibliotheca Americana Vetustissima*. A description of the works relating to America published between the years 1492 and 1551, Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1958.
- HERRERA, ANTONIO DE, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. 4, Madrid, Academia de la Historia, 1936.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1966.
- IFE, B. W., "Alexander in the New World. Fictional Archetype and Narrative History", en *Renaissance and Modern Studies* 20 (1986): 35-43.
- IRVING, WASHINGTON, *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus*, ed. James W. Tittleton, Boston, Twayne Publishers, 1986.
- JOS, EMILIANO, "El XXVI Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla y la historia del descubrimiento", en *Tierra Firme*, 2 (1936): 47-71.
- , "Supuestas falsificaciones del P. Las Casas en la historia de Colón", en *Revista de Occidente* 31 (1931): 217-24.

- LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO, *Annals of the Emperor Charles V.*, Spanish text and English translation, edited with an introduction and notes by Roger Bigelow Merriman, Oxford, at the Clarendon Press, 1912.
- LOSADA, ÁNGEL, editor, *Apología de Juan Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé de Las Casas*, Madrid, Editora Nacional, 1975.
- LOSADA, ÁNGEL, *Bartolomé de Las Casas a la luz de la moderna crítica histórica*, Madrid, Editorial Tecnos, 1970.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *El padre Las Casas. Su doble personalidad*. Madrid, Espasa-Calpe, 1963.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. 7 (Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo, XII), Santander, Aldus S. A., 1942.
- , *Historia de la poesía hispanoamericana*, ed. Enrique Sánchez Reyes, (Edición nacional de las obras de M. y Pelayo, XXVII), Santander, Aldus, S. A., 1948.
- , *La ciencia española*, vol. 3, (Edición nacional de las obras de M. y Pelayo, LX), Santander, Aldus, S. A., 1954.
- , *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, vol. 5 (Edición nacional de las obras de M. y Pelayo, XXXIII), Santander, Aldus, S. A., 1949.
- MERRIM, STEPHANIE, "Un marc magno e oculto: Anathomy of Fernández de Oviedo's *Historia general y natural de las Indias*", en *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), (1984): 101-20.
- , "The Castle of Discourse: Fernández de Oviedo's *Don Claribalte* (1519) or 'Los corcos andan más que los caballeros'", en *Modern Language Notes* 97, 1982: 329-46.
- MIRALLES DE IMPERIAL Y GÓMEZ, CLAUDIO, "Del linaje y armas del primer cronista de Indias, el madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Revista de Indias* 18.71 (1958): 73-126.
- MOREL-FATIO, ALFRED, *Las quinquagenas de la nobleza de España*, en *Revue Historique*, 21 (1883), 179-90.
- MOSES, BERNARD, *Spanish Colonial Literature in South America*, London, New York, The Hispanic Society of America, 1922.
- NELSON, WILLIAM, *Fact or Fiction. The Dilemma of the Renaissance Story Teller*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1973.
- O'GORMAN, EDMUNDO, *Sucesos y diálogos de la Nueva España*, México, Edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.
- OLSCHKI, LEONARDO, "What Columbus Saw on Landing in the West Indies", *Proceedings of the American Philosophical Society*, 84.5 (1941): 633-59.

- ORJUELA, HÉCTOR H., "Orígenes de la literatura colombiana: Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Thesaurus*, 40.2 (1985): 241-92.
- OTERO D'ACOSTA, ENRIQUE, *Comentarios críticos sobre la fundación de Cartagena*, 2 vols., Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983.
- OTTE, ENRIQUE, "Una carta inédita de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Revista de Indias* 16.65 (1956): 437-58.
- , "Gonzalo Fernández de Oviedo, Alcaide", en *América y la España del siglo XVI*, vol. 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Fernández de Oviedo, 1982: 29-45.
- , "Documentos inéditos sobre la estancia de Gonzalo Fernández de Oviedo en Nicaragua 1527-1529", en *Revista de Indias* 18.73-74 (1958): 627-51.
- OVIEDO, GONZALO FERNÁNDEZ DE, *Libro de la cámara Real del príncipe Don Juan e officios de su casa e servicio ordinario*, Madrid, Imprenta de la viuda e hijos de Galiano, 1970.
- , *Libros del muy esforzado e invencible caballero don Claribalte por Gonzalo Fernández de Oviedo (1519). Sale nuevamente a la luz reproducido en facsímil por acuerdo de la Real Academia Española*, Madrid, Real Academia Española, 1956.
- , "Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando los abusos de Pedrarias Dávila y sus oficiales en la gobernación de Castilla del Oro", en *Vasco Núñez de Balboa* de Ángel Altola-guirre y Duvale, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de la Intendencia e Intervención Militares, 1914: 209-17.
- , *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bucso, 5 vols., Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959.
- , *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar océano por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés primer cronista del Nuevo Mundo*, ed. José Amador de los Ríos, 4 vols., Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851-55.
- , *Historia general y natural de las Indias*, ed. José Natalicio González, 14 vols., Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-45.
- , *Las Quinquagenas de la nobleza de España*, ed. Vicente de la Fuente, vol. 1, Madrid, Real Academia de la Historia, Imprenta y Fundación de Manuel Tello, 1880.
- , *Sumario de la natural historia de las Indias*, ed. José Miranda, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- , *Sumario de la natural historia de las Indias*, ed. Juan Bautista Avelle-Arce, Salamanca, Biblioteca Anaya, 1963.
- , "Noticias de Madrid y de las familias madrileñas de su tiempo por Gonzalo Fernández de Oviedo 1514-1556, ed. Julián Paz, en *Revista de Biblioteca, Archivo y Museo* 55 (1947): 273.

- PAZ, JULIÁN, *ed.* "Noticias de Madrid y de las familias madrileñas de su tiempo por Gonzalo Fernández de Oviedo 1514-1556", en *Revista de Biblioteca, Archivo y Museo* 55 (1947): 273.
- PEÑA Y CÁMARA, JOSÉ DE LA, "Contribuciones documentales y críticas para una biografía de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Revista de Indias* 17.69-70 (1957): 603-705.
- PÉREZ DE TUDELA BUESO, JUAN, "Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, vol., 1, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959: VII-CLXXV.
- , "Rasgos del semblante espiritual de Fernández de Oviedo. La hidalguía caballeresca ante el Nuevo Mundo", en *Revista de Indias* 17.69-70 (1957), 391-430.
- PUPO-WALKER, ENRIQUE, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid, Editorial Gredos, 1982.
- PRESOTT, WILLIAM H., *History of the Reign of Ferdinand and Isabella*, 3 vols., Philadelphia, David McKay Publisher, 1893.
- RÍO NOGUERAS, ALBERTO DEL, "El desvío del paradigma de género en el *Claribalte*, novela de caballerías de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Salasiano de interpretación textual* (Colegio Universitario de Huesca), (1985): 99-119.
- RÍOS, JOSÉ AMADOR DE LOS, "Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar Océano*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1985: IX-CVII.
- ROMOLI, KATHLEEN, *Vasco Núñez de Balboa descubridor del Pacífico*, trad. Felipe Ximénez de Sandoval, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1967.
- SALAS, ALBERTO, *Tres cronistas de Indias: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de Las Casas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- SEPÚLVEDA, JUAN GINÉS DE, y FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Apología*, trad., por Ángel Losada, Madrid, Editora Nacional, 1975.
- , *Demócrates segundo o de la justa causa de la guerra contra los indios*, ed., y traducción Ángel Losada, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951.
- SERRANO Y SÁNZ, MANUEL, *Orígenes de la dominación española en América*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vol. 25, Madrid, Casa Editorial Bailly Ailliere, 1918.
- TERNAUX, PAR H., *Bibliothèque Americaine ou Catalogue des ouvrages relatifs a L'Amérique*, Amsterdam, B. R. Grüner-Publisher, 1968.

- TICKNOR, M. G., *Historia de la literatura española*, trad. Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia, vol., 2, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneira, 1851.
- TURNER, DAYMOND, *Gonzalo Fernández de Oviedo. An Annotated Bibliography*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1966.
- , "The Aborted First Printing of the Second Part of Oviedo's *General and Natural History*", en *The Huntington Library Quarterly* 46.2 (1983): 105-25.
- , "Oviedo's *Claribalte*, the First American Novel", en *Romance Notes* 4.1 (1964): 63-68.
- , "Los libros del alcaide: la biblioteca de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", en *Revista de Indias*, 31.125-126 (1971): 139-98.
- URÍA RÍU, JUAN, "Nuevos datos y consideraciones sobre el linaje asturiano del historiador de las Indias Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Revista de Indias* 20.81-82 (1960): 13-29.
- VÁZQUEZ, JOSEFINA ZORAIDA, "El indio americano y su circunstancia en la obra de Fernández de Oviedo", en *Revista de Indias* 17.69-70 (1957): 483-520.
- WALDMAN, MILTON, *Americana. The Literature of American History*, New York, Henry Holt and Company, 1925.
- WHITE, HAYDEN, "The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation", en *Critical Inquiry* 9.1 (1982): 113-37.